



Universidad Central de Venezuela
Facultad de Humanidades y Educación
Escuela de Comunicación Social

A UNA HORA DE CARACAS,
SABANETA

Semblanza de lugar sobre tradiciones y creencias icónicas del sector
Sabaneta, en la zona rural del municipio El Hatillo, estado Miranda

Trabajo Especial de Grado para optar al título de Licenciadas
en Comunicación Social

Autoras:

Goncalves, Diana

Torres, Mariel

Tutora:

Núñez, Marielba

Caracas, mayo de 2016

Dedicatoria

A los sabaneteños,
por permitirnos retratarlos

Diana

A mi Caicara,
por la fascinación que siempre me produjo su cultura
y por recordarme que todo siempre se transforma.

Mariel

Agradecimientos

A la **ECS**, por habernos dado el espacio y el amor hacia el periodismo.

A **nuestros profesores**, por no haber decaído en nuestra formación, aun cuando las circunstancias no fueran siempre las mejores.

A **Juan Carlos**, por invitarnos a formar parte de su proyecto en el Servicio Comunitario.

A **Carlos**, por habernos presentado a Sabaneta, por acompañarnos y guiarnos a toda hora.

A **Pulvio**, por habernos regalado su tiempo, sus pasos y sus contactos.

A todos los que nos ayudaron a llevar a cabo este trabajo.

Diana y Mariel

Agradecimientos

A **María y José Luis**, por haberme dado todo.

A **Daniela, Dianela y Dilitiana**, por siempre estar conmigo.

A **Sandra**, por regalarme unos minutos, como antes.

A **mi familia**, por la fortaleza y la unión, ante todo.

A las **niñas de Rosita**, por los años compartidos, las historias y las risas resonantes.

A **Mariel**, por su paciencia, por los trasnochos, por los trabajos en equipo desde segundo semestre hasta ahora y por confiar en mí.

A **Erick**, por vivir y ser una guía cuando lo necesité.

A **Marielba**, por creer en este proyecto, en nosotras, y por las correcciones de estas páginas.

A **Liza**, por enseñarme a querer al periodismo.

A **Miriam**, por creer en mí, incluso cuando yo no lo hacía.

A **Logos**, por sus proyectos, sus personas y por hacerme crecer.

A **Reinaldo, Keyber y Ricardo**, por el apoyo, la amistad y la compañía.

A **Sabaneta**, por enseñarme sus paisajes, la simpatía de su gente y sus pequeños gestos.

A mi **UCV**, por los años de aprendizaje, los compañeros, los amigos, los profesores y por el sueño cumplido.

Diana

Agradecimientos

A **Alicia**, por haber pedido a Dios que me pusiera donde debía estar.

A **Pedro**, por toda la admiración y el aliento.

A **mis padres**, por creer en mí cuando no lo he hecho yo misma; por haberme enseñado, aun contra mi propia voluntad, a seguir adelante.

A **Diana María**, por siempre querer escucharme.

A **Albermary, Vanessa, Farah y Norma**, por haberme ayudado a reír por cinco años y más.

A **Marcos**, por sus fotografías; por el impulso, el apoyo y por ayudarme a ser cada vez mejor.

A **Liza**, por moldearme y enseñarme a amar el periodismo.

A **Diana Karina**, por soportarme, por inspirarme, por darme aliento, por su creatividad y por haber recorrido la mayor parte de este apasionante camino a mi lado, aun cuando en ocasiones la pasión parecía ausente.

A **Marielba**, por haber creído en nosotras, por su guía sonriente y siempre oportuna.

A **Sabaneta**, por abrirnos las puertas y brindarnos siempre un buen hervido.

A mi **UCV**, por darme muy buenos años y ayudarme a cumplir varios sueños.

Mariel

Universidad Central de Venezuela
Facultad de Humanidades y Educación
Escuela de Comunicación Social

A UNA HORA DE CARACAS, SABANETA

**Semblanza de lugar sobre tradiciones y creencias icónicas del sector
Sabaneta, en la zona rural del municipio El Hatillo, estado Miranda**

Autoras:

Goncalves, Diana; CI: 20.839.434

Torres, Mariel; CI. 21.314.888

Tutora:

Núñez, Marielba

RESUMEN

La investigación *A una hora de Caracas, Sabaneta* plantea una descripción de creencias mágico-religiosas y tradiciones icónicas (Joropo Central, curanderismo, Cruz de Jacobo, cuentos de Encantados y de brujas) del sector Sabaneta en la zona rural del municipio El Hatillo del estado Miranda, que a su vez forman parte de la identidad cultural del lugar. Ello se presenta mediante una semblanza de lugar, realizada a partir de los testimonios de protagonistas y expertos, que permiten retratar el desarrollo cultural de un sector socialmente excluido. La investigación plantea la dicotomía entre el campo y la ciudad, así como la importancia de la historia oral para el rescate y la reconstrucción del patrimonio cultural de las sociedades. Asimismo, se lleva a cabo bajo un enfoque cualitativo. La modalidad periodística implementada se aborda mediante una perspectiva interpretativa, mientras que la técnica de investigación utilizada responde al método biográfico.

Palabras clave: Identidad, Cultura, Zona Rural, Exclusión Social, Campo-Ciudad, Semblanza de lugar, Religión, Magia, Joropo Central.

Universidad Central de Venezuela
Facultad de Humanidades y Educación
Escuela de Comunicación Social

**A UNA HORA DE CARACAS,
SABANETA**

**Semblanza de lugar sobre tradiciones y creencias icónicas del sector
Sabaneta, en la zona rural del municipio El Hatillo, estado Miranda**

Autoras:

Goncalves, Diana; CI: 20.839.434

Torres, Mariel; CI. 21.314.888

Tutora:

Núñez, Marielba

ABSTRACT

The investigation *A una hora de Caracas, Sabaneta* presents a description of iconics traditions and magical-religious beliefs that make living in Sabaneta, a sector from the rural side of El Hatillo, in Miranda state, Venezuela. In order to describe the place cultural identity, the journalistic genre Place Profile will be used, supporting itself upon primary testimonies and the considerations of experts, which allow to portrait the cultural development of this socially excluded sector. By this, the investigation also shows the dichotomy between the city and the countryside in Venezuela, as well as the importance of the oral history to the rescue and the reconstruction of the cultural patrimony of societies. The investigation is lead by a qualitative approach, and the journalistic method is addressed through an interpretative perspective, while the used technique responds to the biographical method.

Key words: Identity, Culture, Rural side, Social exclusion, Countryside, Place profile, Religion, Magic, Joropo Central.

ÍNDICE GENERAL

Introducción	10
La metodología	18
Capítulo I. La fila de la montaña	27
Capítulo II. El joropo sabaneteño	43
Capítulo III: Magia y otras creencias	84
Epílogo	133
Referencias Bibliográficas	137
Referencias Electrónicas	141
Anexos	146

ÍNDICE DE ANEXOS		P.
1	Mario Díaz, el Poeta de Requena, cantautor de Miranda.	147
2	Maracas de Mario Díaz, el Poeta de Requena.	147
3	Teodora Verseguía, conocedora de cuentos de brujas en Sabaneta.	148
4	Teodora Verseguía, con sus nietos Yoan y Kevin, en el porche de su casa en Sabaneta.	148
5	Carlos Acosta instruyendo sobre las bondades de la Flor de Tierra para la cicatrización.	149
6	Cruz de Caravaca de curandero Carlos Acosta.	149
7	Cruz de Jacobo vestida y con ofrendas.	150
8	Cruces vestidas para bendición de Cruz de Jacobo.	150
9	Crisanto Vargas, exorganizador Cruz de Jacobo.	151
10	Juana Rodríguez y Marta Vargas en Cruz de Jacobo.	151
11	Bendición de Monseñor Febres Cordero durante Cruz de Jacobo.	152
12	Lateral de casa de bahareque de la familia Vargas, en Jacobo.	152

Introducción

El sol encandila desde la ventana y la puerta, pero no calienta la pequeña sala del Consejo Comunal de Papelón. Es de mañana y la temperatura, que ronda los 19 grados centígrados, eriza la piel a más de uno de los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela (UCV) que vino a conocer la zona donde realizarán el servicio comunitario que les exige la ley para poder graduarse.

Papelón es uno de los varios caseríos que integran al sector Sabaneta. Se ubica al sureste de El Hatillo, un municipio del estado Miranda que se encuentra a 1.157 metros sobre el nivel del mar. De ahí que todo el año cuente con un clima fresco y agradable. Alicia Acosta, una de las voceras, sirve café en pequeños vasos de plástico y lo reparte con amabilidad a todos los asistentes. Ella cuenta que cuando dan las cinco de la tarde y empieza a anochecer, ya no se puede salir de las casas sin usar abrigo.

Según información que brinda el Consejo Comunal, son más de 10 las subdivisiones que conforman el sector Sabaneta. Sin embargo, no están

disponibles registros oficiales que aclaren cómo se delimitan en realidad los caseríos y sectores en la zona rural del municipio.

Una zona con características rurales, según la definición del Instituto Nacional de Estadística de Venezuela (INE)¹, es aquella donde existen un conjunto de centros poblados con menos de 2.500 habitantes para los censos realizados en los últimos 26 años en Venezuela, sin importar el nivel de división política territorial al que estas áreas pertenezcan. Estas mismas características coinciden con algo que en otros países de Suramérica² llaman “territorios especiales” o “aislados”. Es decir, territorios que se distinguen por su escaso nivel de accesibilidad, su baja población y densidad territorial, y por la precaria cobertura de servicios básicos y públicos³.

En el caso de El Hatillo, para el año 2011 –fecha del último censo realizado por el INE–, el municipio contaba con una población de 58.156 habitantes, de los cuales el 0,33% habitaba en zonas rurales⁴.

¹ Instituto Nacional de Estadística, INE. Glosario de Términos: *Área rural*, 2015. Consultado el 11 de marzo de 2015 en:

http://www.ine.gov.ve/documentos/SAU/SistemaOficios/autentica_principal.php?mod=g

² Comité Interministerial de Desarrollo de Zonas Extremas de Chile, Cideze, cit. por Ministerio Interior de Chile. *Actualización estudio diagnóstico y propuesta para territorios aislados*. 2008. p. 4.

³ *Ibidem*, p. 5.

⁴ INE. Censo 2011: *Datos demográficos*, 2015. Consultado el 28 de febrero de 2016. Disponible en: <http://www.redatam.ine.gob.ve/Censo2011/index.html>

De ahí que Sabaneta sea un territorio aislado. Quien visite el sector algún fin de semana podría confirmar con facilidad lo solitarias que son sus calles, aunque solamente quienes hacen vida allí conocen de los déficits con los que tienen que lidiar diariamente por vivir en la zona.

Los investigadores del Comité Interministerial de Desarrollo de Zonas Extremas de Chile (Cideze), autores de la definición de territorios aislados que se describió antes, señalan que estos factores hacen que las poblaciones que habitan en estos territorios vivan en una situación de desventaja y desigualdad social frente al desarrollo de los demás pueblos y ciudades del país al cual pertenecen.

“En orden de gravedad –explica el vocero comunal Carlos Gutiérrez–, los problemas de Papelón son el transporte, la vialidad, el agua, la luz y la inseguridad”. Los datos, afirma, los obtuvo de un censo realizado por el Consejo a la comunidad, ya que en los estudios del INE no figuran datos estadísticos específicos de las subdivisiones que conforman la zona rural del municipio.

A pesar de que Sabaneta, jurisdiccionalmente, pertenece también a la Zona Metropolitana de Caracas desde el año 2.000⁵, los habitantes de los 8

⁵Ley Especial sobre el Régimen del Distrito Metropolitano de Caracas publicada en Gaceta Oficial N° 36.906 del 8 de marzo del año 2.000, derogada por actual Ley Especial del

kilómetros que conforman esta fila montañosa lidian cada día con muchas vicisitudes. Por ejemplo, no cuentan con suficientes y constantes medios de transporte público, ni gozan de un servicio de agua directa. No tienen cloacas, y apenas cuentan con protección policial. Sabaneta queda tan solo a una hora, en vehículo, de Caracas, pero sigue siendo muy distinta a la capital del país.

Investigadores del Observatorio Europeo LEADER y de la Oficina Estadística de la Comisión Europea (Eurostat), catalogan esta realidad, común en zonas rurales o aisladas, como una prueba de la marcada exclusión social que enfrentan los sectores apartados.

De hecho, desde LEADER⁶ consideran que estos síntomas de exclusión social, por lo general, solo serían la punta del iceberg en el medio rural. Existe una faceta de dicha exclusión que no es tan notoria, aseguran, y radica en la carencia de materiales que sirvan para reforzar la herencia histórica en las zonas rurales y, así, su identidad, su memoria y hasta sus bienes culturales.

Las investigadoras Fátima Cruz y Natividad De La Red, de la Universidad de Valladolid, explican esto de forma sencilla: “lo que no se ve,

Régimen Municipal a Dos Niveles del Área Metropolitana de Caracas, publicada en Gaceta Oficial N° 39.276 del año 2.009.

⁶ Farrell *et al.* *Lucha contra la exclusión social en el medio rural en Informe digital del Observatorio Europeo LEADER / AEIDL.* 2000. p. 19.

se tiende a pensar que no existe, y, en consecuencia, a no considerarse”⁷. Ambas indican que la característica que definiría al medio rural frente a la zona urbana sería la invisibilidad, una invisibilidad que se extendería a sus tradiciones, a sus costumbres y a su identidad.

Ante esto, vale la pena preguntarse: ¿Qué es en realidad Sabaneta? Al ojo del periodismo informativo, Sabaneta sería una zona con carencias y problemas con significación social, por ser reflejo de otras realidades similares en Venezuela.

Para el historiador Agustín Blanco Muñoz⁸, el medio rural venezolano en sí mismo no puede desligarse de la miseria y las privaciones. Eso, precisamente, es lo que buscaría el trabajo periodístico informativo en un sentido convencional: informar sobre un lugar como Sabaneta para evidenciar sus males y carencias. Pero, además de las precariedades existentes en la zona, en Sabaneta todavía hay una arista valiosa que poco se ha tratado.

Si bien este sector es el retrato de muchas otras zonas rurales del país, hay algo que solo le pertenece a él, algo que le distingue y le hace único: su identidad, manifiesta a través de sus costumbres y tradiciones, sus

⁷ Fátima Cruz y Natividad De La Red. *Intervención integral para el desarrollo en el medio rural* en Dossier. *Intervención Psicosocial*. 9 (2), 2000. p. 156.

⁸ Agustín Blanco Muñoz. *Oposición Ciudad-Campo en Venezuela*. 2ª. ed. Caracas, Edit. UCV, 1980. p. 13.

bienes culturales y la memoria de su gente. La carencia casi total de registro de este eslabón tan importante para cualquier sociedad es, así, un hecho que rebosa de interés humano⁹, y que vale la pena investigar.

Hoy día son pocos, si no es que inexistentes, los trabajos periodísticos que abordan el tema de la cultura de la zona rural del municipio El Hatillo. Y menos aún son los que van más allá de la noticia y buscan explorar mediante el uso de otros géneros periodísticos la identidad de la zona. Uno de los casos más conocidos es el del proyecto “Rostros de El Hatillo” que ha llevado a cabo por dos años consecutivos¹⁰ la revista venezolana especializada en crónicas *Marcapasos*, conjuntamente con la alcaldía del municipio. Entre sus entrevistados se hallan personajes destacados del área hatillana con la aparición, incluso, de algunos de los personajes icónicos de su zona rural, aunque este no ha sido su principal foco de atención.

Pero iniciativas como la de *Marcapasos* no son comunes y eso podría dejar un espacio abierto a la pérdida de identidad cultural, que está latente. De hecho, muchos de los habitantes de Sabaneta consideran que la creciente urbanización de la zona ha traído a personas nuevas, con

⁹ Mariela Torrealba. *Las Miradas de los otros. La actualidad y la noticiabilidad revisitadas* en *Revista Temas de Comunicación*, (19), 2009. p.15.

¹⁰ *Marcapasos. Rostros de El Hatillo* en *Revista Marcapasos en línea*. Disponible en: <http://revistamarcapasos.com/7434/rostros-de-el-hatillo/>

¹¹ Diario El Universal. *El Hatillo vive en la historia de sus habitantes*. Venezuela. Publicado el 02 de junio de 2015.

costumbres diferentes a las propias del lugar, y con ellas el riesgo de transculturación.

Ahora bien, dicha transculturación podría concebirse como: “la recepción por un pueblo o grupo social de formas de cultura procedentes de otro, que sustituyen de un modo más o menos completo a las propias”¹², dice Sila Chávez, directora del Centro de Investigación de Humanidades y Educación (CIHE) de la Universidad Doctor Rafael Beloso Chacín en Maracaibo estado Zulia, en cita a A. Alciature.

La profesora Aleida Best Rivero, de la Universidad de Ciencias Pedagógicas Pepito Tey de Las Tunas, en Cuba¹³, señala que la identidad cultural de una sociedad se hace visible a través de la historia y las obras que la representan. Esto es, sus mitos, su producción literaria y artística, sus monumentos, lenguas y tradiciones orales. Por ello, conocer las historias y plasmar el desarrollo de estas tradiciones o la situación de que hoy día rodean a estas costumbres contribuiría directamente con lo que lo que Best llama mantener vivas partes importantes del patrimonio cultural de las

¹² A. Alciature. *Desarrollo, Cultura e Identidad: «El caso del mapuche urbano en Chile»*. Francia, Éditeur Presses universitaires de Louvain, 2003. Cit. por. Sila Chávez. *Transculturación en la pérdida de la identidad indígena en jóvenes de los municipios Mara y Páez del estado Zulia* en *Revista de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales URBE*. (3) 1, 2014-2015. p. 12.

¹³ Aleida Best R. *La identidad cultural en el proceso formativo del instructor de arte en Didasc@lía: D&E*, Publicación cooperada entre CEDUT-Las Tunas y CEEdEG-Granma, CUBA, 3 (5).

sociedades, para beneficio de generaciones presentes y futuras. Para así, además, ayudar al individuo a recrear, reorientar y proyectar hacia el futuro lo que él mismo es y lo que su herencia cultural le ha dado.

Al respecto, dicen los antropólogos Iraida Vargas y Mario Sanoja que estos procesos de identificación son requeridos para la vida social del ser humano, pues por pequeñas que estas comunidades puedan ser, comparten intereses y relaciones, que al final determinan la personalidad común y compartida del individuo con su entorno¹⁴.

El periodismo cumple su función social al orientarse hacia casos como el de Sabaneta: un pueblo muy cerca de la ciudad de Caracas, donde tradiciones seculares luchan por prevalecer. Un lugar donde costumbres transmitidas de generación en generación tratan de no morir, de no apagarse, pese a los elementos de la realidad que hoy les afectan: la inseguridad, las migraciones, el crecimiento demográfico, la burocracia, la falta de reconocimiento, la invisibilidad.

El pionero de la etnología, Franz Boas, dice que la cultura, término que parece difícil de definir, se suele describir mediante cuatro elementos: cultura material, que implica las creaciones tangibles de las sociedades; relaciones sociales, que tratan de la posición del individuo en su comunidad;

¹⁴ Iraida Vargas y Mario Sanoja. *Historia, identidad y poder*. Caracas, Edit. Tropykos, 1994.

arte y religión¹⁵. *A una hora de Caracas, Sabaneta* se enfocará en arte y religión, y en el camino obligatoriamente pasará por describir las relaciones sociales que generan estas tradiciones artísticas y espirituales en esta zona.

La metodología

El objetivo de describir aspectos relevantes de la identidad cultural de Sabaneta, que viven y están presentes en los habitantes de la zona rural del municipio El Hatillo, se acometió a través de una perspectiva interpretativa, dentro del paradigma del periodismo de complejidad o de conocimiento complejo.

Esto se debe a que temas como los que se desarrollan en este trabajo ameritan más que la inclusión de información actual y oportuna sobre hechos o acontecimientos. Investigar y escribir sobre las tradiciones, las costumbres y creencias de zonas apartadas y excluidas requiere interpretación, acercamientos biográficos y supone el uso de elementos que tal vez no parezcan pertinentes en un tratamiento periodístico exclusivamente informativo.

¹⁵ Franz Boas. *Cuestiones fundamentales de antropología cultural*. Buenos Aires, Edit. Ediciones solar, 1964, p. 166.

Julián González, profesor de la escuela de Periodismo de la Universidad del Valle en Cali, Colombia, señala en el texto *Entropía informática y entornos biográficos* que una tendencia característica del periodismo complejo es la multiplicación de puntos de vista sociales que permite a sectores, agentes y discursos normalmente sub-representados o invisibilizados por el canon informativo clásico, adquirir rostro y palabra. “Hacen presencia con sus propias visiones de mundo y puntos de vista”¹⁶, dice.

Añade que el periodismo complejo entraña otras importantes diferencias con respecto al periodismo informativo. Una de ellas, que también se aplica al presente trabajo, es el análisis como mecanismo para construir correlaciones interpretativas. Esto, unido a procedimientos de investigación periodística sirven para construir lo que el autor denomina “información de tercer orden”, que es a su vez “más compleja y capaz de producir cierto efecto de ‘inteligibilidad’ respecto al caos del mundo”¹⁷.

En atención a esto, es necesario precisar que el siguiente trabajo es abordado bajo un enfoque cualitativo, que es definido por Sampieri como: “Conjunto de prácticas interpretativas que hacen al mundo visible, lo

¹⁶ Julián González. *Entropía informática y entornos biográficos. El periodismo biográfico en la aventura de la complejidad periodística*. Informe final para Universidad del Valle & Colciencias. Cali, Colombia, 2001. p. 38-39.

¹⁷ *Ibidem*. p. 50.

transforma y convierte en una serie de representaciones en forma de observaciones, anotaciones, grabaciones y documentos”¹⁸.

Asimismo, esta investigación encuentra lugar dentro de la perspectiva interpretativa, que centra su atención en el estudio de los significados de las acciones humanas y de la vida social¹⁹. La finalidad es comprender e interpretar la realidad y los significados de las personas, sus percepciones, intenciones y acciones²⁰.

Del periodismo interpretativo, González asegura: “El énfasis está puesto ya no en la ‘producción de relatos sobre eventos socialmente significativos y actuales (o actualizados)’, sino en la ‘producción de información con sentido”²¹, con la intención de dar al lector la posibilidad de establecer redes explicativas y mostrarle las relaciones entre elementos que no parecieran ser vinculantes.²²

Para aplicar lo anterior, *A una hora de Caracas, Sabaneta* se nutre de técnicas utilizadas por la etnografía, ciencia que se ocupa –según la definición del etnólogo francés Marcel Griaule– de las actividades tanto

¹⁸ Roberto Sampieri, Carlos Fernández, y Pilar Baptista. *Metodología de la Investigación*. 4ª. ed. México, Edit. Mc Graw Hill, 2006. p.9.

¹⁹ Erickson, 1986. Cit. por Jairo León León. *Paradigma interpretativo y socio crítico*. Resumen para Cátedra de Epistemología de la Universidad de Santo Tomás. Bucaramanga, Colombia, 2016. p. 1.

²⁰ *Ídem*.

²¹ J. González. *Op. cit.* p. 31.

²² *Ídem*.

materiales como espirituales de los pueblos²³, una disciplina que no detenta método único²⁴; y cuya implementación, según el mismo autor: “permite la penetración sistemática del pensamiento de los hombres, así como la definición de sus necesidades materiales y morales”²⁵.

En lo particular, esta investigación se emparenta con el método biográfico, campo transdisciplinar que da protagonismo al rescate de la memoria personal y colectiva, y cuya finalidad es, según describe el antropólogo Joan Pujadas, “profundizar en lo que las personas y los grupos hacen, piensan y dicen con la finalidad de ensayar interpretaciones de la realidad a partir de la subjetividad individual y grupal”²⁶.

Aunado a esto, debido al enfoque cualitativo utilizado, los métodos de recolección de datos no son estandarizados. “La recolección de los datos consiste en obtener la perspectiva y puntos de vista de los participantes (sus emociones, experiencias, significados y otros aspectos subjetivos)”, dice Sampieri²⁷.

²³ Marcel Griaule. *El método de la etnografía*. Buenos Aires, Edit. Nova, 1969. p. 16.

²⁴ *Ibidem*. p. 105.

²⁵ *Ibidem*. p. 14.

²⁶ Joan Pujadas. *El método biográfico y los géneros de la memoria en Revista de Antropología Social*. (9), 2000. p. 127-158

²⁷ R. Sampieri *et. al. op. cit.* p. 8.

Así, la semblanza fue seleccionada como el género periodístico que mejor se adapta al objetivo de presentar un retrato con múltiples perspectivas sobre la realidad identitaria de Sabaneta y sus habitantes.

Según la definición que ofrecen Benavides y Quintero en su obra *Escribir en prensa*, la semblanza es “un reportaje interpretativo acerca de una persona real con un tema de interés humano”²⁸, cuyo objeto es “resaltar la individualidad de la persona y/o colocarla en un marco general de valor simbólico social”²⁹.

De igual forma, los autores aclaran que escribir acerca de un grupo o un lugar, en vez de una sola persona, puede ser en ocasiones la mejor fórmula para comprender un fenómeno de importancia simbólico-social³⁰. En caso de Sabaneta, esta modalidad da la posibilidad de mostrar su cultura y algunas de sus tradiciones más importantes a partir de las perspectivas de expertos, de conocedores y, sobre todo, de protagonistas.

De esta manera, la semblanza de lugar permite retratar desde varios ángulos la realidad cultural de Sabaneta, con el fin de dejar un registro del patrimonio cultural inmaterial de la zona. Esto último abarca, según la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la

²⁸ Benavides y Quintero. *Escribir en prensa*. 2ª. ed. Madrid, Edit. Pearson Educación, 2004. p. 179.

²⁹ *Ídem*.

³⁰ *Ibidem*. p. 189.

Cultura (UNESCO), tradiciones o expresiones vivas heredadas de los antepasados y transmitidas los descendientes, como tradiciones orales, usos sociales, rituales, actos festivos, conocimientos y prácticas relativos a la naturaleza y el universo, y saberes y técnicas vinculados a la artesanía tradicional³¹.

En cuanto al método específico para la elaboración de la semblanza, se aplica el mismo del reportaje interpretativo (que, según se refiere *supra*, constituye el género del cual la semblanza sería, en todo caso, especie³²).

Para Enrique Castejón Lara, el reportaje es la vía más propicia para el análisis amplio de los contenidos de actualidad, ya que es versátil y a la vez cuenta con complejidad metodológica³³. Ambas virtudes, explica el autor, vendrían dadas a su vez por la técnica interpretativa que lleva impresa el género. Esta naturaleza hace al reportaje reflexivo, explicativo y argumental³⁴; la misma, según Castejón Lara, es racional, analítica y lógica. “De manera que su técnica –y su mismo desarrollo– está condicionada por sus necesidades expresivas y demostrativas”³⁵.

³¹ Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. UNESCO. *¿Qué es el patrimonio cultural inmaterial?* Consultada el 28 de enero de 2016 en: <http://www.unesco.org/culture/ich/es/que-es-el-patrimonio-inmaterial-00003>

³² *Vid. supra*. p. 22.

³³ Enrique Castejón Lara. *Recursos para la verdad*. Caracas, Edit. Panapo, 2009. p. 151.

³⁴ *Ibidem*. p. 152.

³⁵ *Ibidem*. p. 153.

Por esta razón, la técnica interpretativa asociada a la elaboración del reportaje conlleva un ejercicio reflexivo que permite asumir los hechos con una perspectiva integral. “Los sitúa dentro de su propio hábitat contextual o procesal para que adquieran su propio sentido o significado –se lee en libro de Castejón–. Es, básicamente, la aplicación del razonamiento lógico simple, sin pretensiones filosóficas, a los fines de, mediante la revisión del contexto, hacer deducciones o inferencias”³⁶, concluye.

A una hora de Caracas, Sabaneta, se lleva a cabo siguiendo el esquema de pasos básicos que propone Lizano para la elaboración del reportaje³⁷, que por extensión podrán servir para la semblanza. Estos son: selección del tema y enfoque, investigación, procesamiento de datos, mapa inicial, rectificación y comprobación, redacción y edición.

En la investigación y recabación de datos se utilizó la entrevista con fines informativos, la entrevista en profundidad, la observación participante y la observación no estructurada con fines periodísticos, además de la investigación documental en fuentes digitales, bibliográficas, hemerográficas y archivos.

³⁶ *Ibidem*. p. 157.

³⁷ Robinson, D. Lizano B. *Manual de géneros periodísticos*. Caracas, UCAB, 2010. p. 268.

Por su parte, para la redacción del material obtenido se recurrió a un lenguaje periodístico que intenta trascender lo informativo para aproximarse aun más al lector. Por ello, el estilo narrativo, característico de la crónica, fue el que predominó en la presentación de las historias recabadas.

Introducir el término de crónica en cuanto al estilo con el cual se redactó esta semblanza se justifica a partir de las palabras del autor mexicano Antonio Castro Leal, quien señala: “La crónica imponía como condiciones fundamentales que se dejara leer fácilmente y que atrajera e interesara al lector. Para dejarse leer fácilmente debía de estar escrita en una prosa fluida, ágil, sin comienzo ni dificultades para el lector³⁸.

Al mismo tiempo, es oportuno señalar que, tal como el autor Gonzalo Martín Vivaldi describe la redacción de Gran Reportaje, en este trabajo la técnica de escritura utilizada busca también ofrecer entradas llamativas, cierres coherentes y un proceso narrativo sin baches³⁹.

Los resultados se presentan en tres capítulos. El primero mostrará cómo es Sabaneta, cuáles son sus características como población, cuáles son los problemas que le agobian y cuál es el entorno en el cual subsisten las costumbres del lugar.

³⁸ Antonio Castro Leal, citado por Blanca Estela Treviño García (Comps.). *Kinetoscopio. Las crónicas de Ángel de Campo, Micrós, en El Universal (1986)*. México. Universidad Autónoma de México. 2004. p.35.

³⁹Martín Vivaldi. *Géneros periodísticos*. Caracas, Edit. Paraninfo, 1993. p. 110.

Los dos capítulos siguientes estarán destinados a retratar mediante las historias, anécdotas y vivencias de los protagonistas, tradiciones autóctonas icónicas y arraigadas en Sabaneta.

En el capítulo II se abordará el tema del joropo central, bautizado originalmente con el nombre de joropo mirandino en zonas como Sabaneta y demás áreas aledañas al valle de Caracas; y en el III, se describirán algunas de las creencias mágico-religiosas de la zona, como los cuentos y leyendas de brujas y espíritus y la tradición de la Cruz de Jacobo, celebración exclusiva de Sabaneta.

El trabajo de grado espera dar a conocer un poco más de una Sabaneta hasta hoy desconocida, aunque muy rica en tradiciones y costumbres. Porque Sabaneta, a una hora de Caracas, es un mundo en transformación, donde lo rural se distingue marcadamente de lo urbano, para sentar su propia huella cultural.

Capítulo I. La fila de la montaña

Escribir la historia de un lugar es hacer permanente en el tiempo a sus habitantes.

José Félix Peraza, primer cronista de El Hatillo.

El Hatillo, territorio afortunado.

El autobús va en subida. Avanza por la montaña –despacio y con esfuerzo– mientras el motor ruge escandalosamente y silencia casi por completo el reguetón que sonaba desde la salida de la unidad. Son las 10 de la mañana de un miércoles como cualquier otro, y 25 butacas de las 32 disponibles quedaron vacías.

“Los días de semana son así: muertos en la mañana y muy repletos de pasajeros en la tarde, si se va en este sentido”, dice el conductor.

Las únicas siete personas a bordo parecen no conocerse: no se saludan ni hablan entre sí. Algunos cargan sus bolsas de mercado y varios panes tipo canilla en mano. Una joven, con un niño en brazos, aprieta fuerte dos billetes de 20 bolívares recién estirados para pagar su pasaje. En 30 minutos ellos estiman llegar a su destino, ese que se lee en el cartel del parabrisas: Gavilán-Sabaneta.

No se dirigen a la Sabaneta quizá más famosa y conocida por los venezolanos: la que se ubica en el estado Barinas, al oeste del país, y fue cuna del expresidente venezolano Hugo Chávez. No. Este autobús no va en esa dirección.

Tampoco va a esa Sabaneta que da sobrenombre al Centro Penitenciario Nacional del estado Zulia, al noroeste del territorio nacional, en la ciudad capital de esa entidad, Maracaibo. Ni a la Sabaneta de Palmas, también zuliana, conocida por sus muchas apariciones en los medios de comunicación debido a problemas de violencia.

Este autobús se dirige a una Sabaneta que está ubicada en el la zona rural del municipio El Hatillo en el estado Miranda, al centro norte del mapa venezolano. A una Sabaneta que, aunque por ley⁴⁰ desde el año 2000 forma parte del Área Metropolitana de Caracas, es quizás la menos conocida por los venezolanos. De ella, los medios nacionales reseñan poco, o casi nada.

Tanto es así que, incluso, “El Hatillano”, periódico del municipio al cual pertenece Sabaneta y primer diario de carácter municipal del país, centra sus

⁴⁰La Ley Especial sobre el Régimen del Distrito Metropolitano de Caracas, que salió publicada en Gaceta Oficial número 36.906 del 8 de marzo del año 2000, especificaba como los límites del Distrito Metropolitano de Caracas: el municipio Libertador del recién creado Distrito Capital, así como los municipio Sucre, Baruta, Chacao y El Hatillo del estado Miranda. En el 2009 dicha ley fue derogada por la actual Ley Especial del Régimen Municipal a Dos Niveles del Área Metropolitana de Caracas, publicada en Gaceta Oficial número 39.276, sin que la nueva ley modificara los límites establecidos por la primera.

noticias básicamente en el casco central de la localidad de El Hatillo y apenas menciona a las zonas rurales aledañas⁴¹. Las únicas publicaciones periódicas que hicieron referencia a esta Sabaneta y a sus sectores vecinos fueron La Peonía y Guarapo de Papelón. El primero de ellos está ahora inactivo y el segundo se mantuvo circulando en formato impreso por dos años y realizó publicaciones en su blog hasta septiembre de 2009⁴². Hasta ahí llegó cualquier intento de hacer visible a esta zona rural.

Por esta razón, parece que para muchos la zona rural es un “limbo” o algo que no existe. Así lo considera Mariana Marchena, coordinadora de Participación Ciudadana de la Alcaldía de El Hatillo, quien además confiesa que antes de trabajar para este ente gubernamental, no tenía “ni idea” de dónde quedaba ese sector de la zona rural del municipio.

“A menos que te hablen de la zona rural o que te lleven a ella, no hay forma de saber que existe si no vives allí o cerca”, asegura Marchena.

En realidad, tampoco parece existir un registro que especifique la extensión de Sabaneta en la zona rural. A falta de documentos, las

⁴¹ Pereira y Piñango. *El municipio El Hatillo del Estado Miranda y la prensa local*. Trabajo especial de grado para optar a la licenciatura de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela, 1997.

⁴² Guarapo de Papelón. Blog de periódico en línea, 2009. Consultado el 1 de marzo de 2015 en: <http://guarapodepapelon.blogspot.com/>. A principios del año 2016, el Consejo Comunal del sector Papelón, en Sabaneta, reactivó la publicación de este medio, aun sin contar con capacidad para cubrir la información de toda la zona.

autoridades municipales recurren a los pobladores y conocedores de los caseríos y filas (vías) que conforman el sector.

“Aquí no hay nada por escrito sobre cómo es el asunto en la zona rural –admite Marchena–. Eso está desde mucho antes que La Lagunita, y desde el comienzo no se llevó un registro geográfico de la zona”.

La coordinadora de Urbanismo de la Dirección de Desarrollo Urbano y Catastro de El Hatillo, María Gabriela Rivas, asegura que en los croquis que se tienen sobre la zona rural del municipio, Sabaneta figura como uno de los más grandes sectores, mas no cuentan con registro alguno de su estructura interna.

Pero hay un sabaneteño al que los funcionarios de la Alcaldía siempre acuden cuando se trata de estudiar los sectores de la zona. Ese es Jhandy Caraballo, quien lleva sus 43 años de edad viviendo en Sabaneta. Él afirma con seguridad que Sabaneta se encuentra entre dos quebradas grandes llamadas Prepo y Tুমаре. Según explica, el sector pertenece a la zona rural del municipio, pero no es la única, la acompañan Turgua, Tুমаре, Corralito, Los Naranjos y La Unión.

“Para llegar allá (a Sabaneta), el que viene de Gavilán, que está en La Mata, si agarra a la derecha, se dirige a una carretera de 16 kilómetros que conforma Turgua –dice mientras señala con su mano la montaña a su

derecha–, mientras que si sigue derecho, va por una carretera de ocho kilómetros que abarca a toda Sabaneta”.

Porque eso es Sabaneta: una calle ciega, sin salida, de ocho kilómetros que terminan en el terreno de los Cardozos, familia con muchos años en la zona.

“Desde que tú vienes del abasto Turgua, que es de Sabaneta y por error le pusieron “Turgua”, hasta el final de la calle ciega, eso la fila de Sabaneta –continúa Caraballo–. La fila es la carretera. Es decir, como esto es una montaña, la carretera pasa por la cresta de la montaña y por eso se le dice fila”.

Para quien no tiene carro particular, llegar allí no es fácil. Los sabaneteños que andan a pie disponen solo de tres o cinco autobuses que proporciona la Línea Sureste para esa zona, y no siempre son suficientes unidades para cubrir la cantidad de pasajeros que viaja durante la semana, comenta Caraballo, quien fue también director de Transporte de la Alcaldía del municipio El Hatillo hasta el año 2013.

“De lunes a viernes todo el mundo sale a trabajar y hay más movimiento de pasajeros –señala–. Los de la línea Sureste mandan más unidades. En cambio, los fines de semana la gente sale poco, pero claro,

sale poco también porque hay pocas unidades y la espera en cola es más pesada que otros días”.

Por si fuera poco, por lo que explica Caraballo, ahora el problema del transporte en la zona es más grave. Cada vez son más los pasajeros que quieren salir o llegar a Sabaneta. Según comenta, hoy más gente vive en la zona; se ven más casas nuevas –la mayoría sin frisar, con techos de zinc, con patios de tierra–, más carros en la carretera y más personas esperando por el autobús. Caraballo calcula que su sector habría crecido en habitantes cerca de un 50%, en los últimos 15 años. Y lo que es peor, Marchena asegura que todavía no hay una cifra actualizada ni oficial que corrobore este aumento de la población, por falta de presupuesto para realizar nuevo censo municipal.

Pero Caraballo asegura que no necesita ver las cifras para darse cuenta que los sabaneteños son cada vez más y que, además, cada vez se conocen menos.

“El crecimiento demográfico que hemos tenido en la zona ha sido tan acelerado en los últimos ocho años, que no nos ha dado tiempo de conocer a todo el que llega. Antes todos nos conocíamos, absolutamente todos. En los años 80 –recuerda el líder comunal–, en esta comunidad había un solo transporte. Era una camioneta vieja, amarilla, y la conducía el señor Juan

Bernal. Él salía a las cinco de la mañana con doce personas que se iban a trabajar desde acá, y con esas mismas doce personas él regresaba. Si salía en la mañana y faltaba fulano, se paraba en la entrada de la casa de ese fulano a esperarlo. Después, de regreso, la parada era el parquecito de Baruta, y el señor esperaba ahí a las seis de la tarde hasta que llegara el último pasajero de los doce. Así éramos antes, muy regionalistas”.

Esta problemática con el transporte habría orillado a algunos habitantes de Sabaneta a hacer esfuerzos importantes, principalmente a los jóvenes que deben ir a estudiar a otros sectores. En Sabaneta solo hay una institución educativa, la escuela primaria Concentración Nacional Sabaneta (Núcleo Educativo Rural 181), además del Jardín de infancia Teresa Carreño de Sabaneta. Cuando estos jóvenes egresan de primaria, deben empezar a desplazarse hacia distintos puntos de la zona rural para poder completar su educación básica y diversificada. Las opciones, comenta Caraballo, se resumirían en un liceo en La Mata que ofrece cursos hasta noveno grado de ciclo básico y una escuela primaria en Turgua que en las tardes se convierte en liceo y ofrece instrucción hasta el quinto año de ciclo diversificado.

“De aquí (Sabaneta) salen de sexto grado y salen zonificados a La Mata. Y de la Mata a Juan de Escalona, para que terminen el bachillerato allá —cuenta Caraballo—. Pero los jóvenes que estudian en (el pueblo) El Hatillo sí

tienen que hacer grandes sacrificios. Si ellos entran a las siete de la mañana a su escuela, que queda a 25 minutos de viaje de aquí, se tienen que parar a las cuatro de la mañana e irse a las cinco, porque si esperan hasta las seis, que es temprano todavía, no conseguirán autobuses y perderán el día de clases. Nadie se va caminando, porque es lejos. Aquí al que se le hace tarde, no va”.

Según lo registrado por el Consejo Comunal de Papelón, el transporte es el problema de mayor gravedad para los sabaneteños. Pero, como antes se mencionó, no es el único. La vialidad, el agua, la luz y la seguridad también suponen impedimentos para la comunidad.

“Es que en Sabaneta todo llega tarde, o no llega”, considera Alejandro Noriega, colombiano nacionalizado venezolano, que ha pasado 50 de sus 69 años viviendo en la zona.

Según cuenta Noriega, la luz eléctrica llegó a Sabaneta en 1990, casi cien años después de la fundación de La Electricidad de Caracas, en 1895. Jhandy Caraballo, por su parte, sostiene que el advenimiento de la energía eléctrica en la zona tuvo lugar en los años 80. Lo cierto es que no se cuenta con información oficial que corrobore estas fechas.

La misma incertidumbre rodearía el evento de la primera carretera en la zona. La versión de Noriega supone que la carretera llegó igualmente

tarde, en 1994, y que antes los carros llegaban solo hasta el caserío La Mata, porque hasta ahí estaba asfaltado, y los que vivían más adentro seguían su camino a pie o en burro.

Pero en lo que respecta al agua, tanto Caraballo como Noriega hoy son testigos de una Sabaneta con inmensos tanques de plásticos azules que se asoman siempre desde los techos o en los patios de las casas, y sirven para recolectar el agua que les dejan los camiones cisternas que ruedan por las calles sabaneteñas cada semana. Porque, hasta allí, el agua por tubería no llega. La alcaldía lo sabe, y por eso abrió un pozo en abril de 2014 para surtir de este recurso a la mayoría de las casas de la zona. Sin embargo, la solución no beneficia a todos. No es suficiente.

El déficit de este importante servicio básico en Sabaneta no solo se debe a la falta de atención de autoridades ni a la exclusión social que suelen sufrir las zonas apartadas. Esta carencia tendría su razón en la propia exclusión legal impuesta sobre Sabaneta y parte de la zona rural del municipio El Hatillo al haber sido declaradas Zonas Protectoras del Área Metropolitana de Caracas (Zpamc) el 20 de julio de 1972⁴³.

Este acto jurídico también implicó que la zona rural a la que pertenece Sabaneta pasara a formar parte de las 20 Áreas Bajo Régimen de

⁴³Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela N° 28.859.

Administración Especial (Abraes) que constituyen al Estado Miranda. Esto significa, de acuerdo a la Ley Orgánica de Ordenación del Territorio, que los usos y las actividades que se realicen en estas porciones de tierra, por parte de entidades públicas o particulares, están sometidos a limitaciones o restricciones, independientemente del derecho de propiedad que les asistan. Porque el fin último es garantizar la conservación, defensa, mejoramiento del ambiente y de los recursos naturales, la ordenación del territorio, la seguridad y defensa nacional. Por ello, la administración de estas zonas le corresponde, según la gaceta número 35.133 publicada el 18 de enero de 1993, al extinto Ministerio de Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables y no a la Alcaldía o a la Gobernación.

Marchena, de la alcaldía, explica: “Toda la zona rural de El Hatillo es zona protegida. Primero, no deberían tener habitabilidad, por eso nadie tiene ficha catastral ni servicios, ni lo tendrán. No deben construir, eso es como el Ávila”.

No obstante, según Rivas, del departamento de Urbanismo de la alcaldía, la situación no es tan radical como lo indica Marchena. “Allí sí se puede urbanizar y garantizar los servicios básicos. Pero todo eso lo tramita, evalúa y aprueba el Ministerio de Ambiente. En el municipio nos aseguramos de que se cumplan las exigencias, directrices y estatutos que impone el ente

encargado, y además nos cercioramos del buen desarrollo de urbanismo”, asegura.

Ya a quienes viven en la zona no los pueden mudar, explica Marchena. Pero, insiste, que lo ideal es que no se construya más, aunque señala que los habitantes hacen caso omiso a esto. Las familias crecen y edifican más pisos, en el mismo terreno, para los hijos y los nietos.

Para la cronista oficial del municipio, María Virginia Valera, la designación de Zona Protectora acarreó beneficios para la zona, pero también tuvo consecuencias negativas.

“Entiendo en parte el porqué darle esa protección a la zona –comenta Valera–. Eso hace que no se sigan dañando los terrenos ni haciendo construcciones desordenadas que acaben con la parte verde. Porque lo ideal es conservar, y se han hecho tantas urbanizaciones y edificaciones en El Hatillo que se ha perdido mucho. Yo creo que eso es lo que se trató de hacer. El problema lo tiene el que vive ahí, a quien esto de alguna forma lo aísla más”.

El ente encargado de velar por la seguridad de estas zonas es la Guardia Nacional Bolivariana (GNB), pero últimamente, cuenta Marchena, no ha cumplido con sus funciones y por eso la inseguridad ha aumentado.

“Como la zona rural es muy amplia, mantener la seguridad es muy difícil –dice–. Si nos llaman y nos dicen que los están robando, la policía municipal no llega en menos de 30 minutos, por la distancia. Además, la policía municipal es preventiva, es a la GNB a quien le corresponde velar por la seguridad, pero siempre nos echan el muerto a nosotros en la alcaldía. De verdad que no nos damos abasto, deberíamos hacerlo en conjunto”.

Este nuevo problema –como lo catalogan los habitantes de la zona– ya se encuentra para algunos, como Jhandy Caraballo, fuera de control. Cuenta el vecino que en Sabaneta ahora se escuchan tiros, y tanto se han familiarizado los habitantes con ellos que ya aprendieron a diferenciarlos de los fuegos artificiales.

“Aquí la cosa está ruda: más son las casas donde se han metido a robar que donde no se han metido. Sin contar que a algunas las han visitado hasta tres veces en un año. Los secuestran y en los mismos carros de los dueños de la casa se llevan las cosas; hasta tres viajes dan mientras uno de los ladrones se queda apuntando a la gente amarrada”, comenta.

Pero Sabaneta no se define solo por estos problemas. Según información que da la cronista Valera, la zona rural y el municipio, en general, gozan de tierras vivas y fértiles. De hecho, en 1920, en ellas se

sembraron tantas toneladas de café que el municipio fue reconocido como el mayor productor de café en el país. También ahí han crecido, pero en menores proporciones, naranjas, cítricos y cacao. “Como en el casco central de El Hatillo no se podía tener haciendas –comenta–, porque la tierra no era muy fértil, sino que era arenosa, las haciendas se dieron más en lo que hoy es la zona rural”.

La también miembro de la Academia de la Historia de Miranda asegura que esta separación productiva habría sido la causa de que, de alguna manera, Sabaneta y demás caseríos del sector rural del municipio se encuentren hoy excluidos debido a la distancia.

Hoy, la tierra de la zona rural sigue siendo próspera para la siembra, aunque no al nivel de otrora. De ahí que existan casos y testimonios como los de Cayetano León, vecino de Sabaneta, dueño y cuidador afanado de su propio huerto a orillas de la montaña.

Cayetano sale de casa bien temprano, cuando el sol no pica. A sus 62 años todavía tiene mucha energía, por lo que con machete en mano, se pone su gorra y se va a su huerto, montaña abajo desde su casa. Para adentrarse en su plantación, sigue un camino de tierra que él mismo creó. La tierra es roja y la bajada es empinada. Abajo tiene de todo.

–Mira: caraotas, yuca, cambur –dice mientras enseña con orgullo sus siembras– Eso es ají y eso es caraota. La caraota está en la calle ¡a 800 bolos el kilo! Yo ya no la compró. ¿Pa' qué si aquí tengo? Miren el maíz. Aguacate. Camburito manzano, que es sabroso. ¡Mira!

–¿Estas plantas moraditas qué son?

–Esas son para jardín. Las planté para hacer un caminito –responde y sigue mostrando su huerto– Mira, aquí están las vainitas. Esa es piña. Ese es quinchoncho, mira. Y la parchita.

–Tiene un buen pedazo de tierra sembrada...

–¡Sí! Todo eso pa' allá es maíz, todo. Yo corto mi monte, lo lloso, lo quemo. Entonces yo agarro y le echo abonito y siembro mis matas, mis caraotas. Ahí tengo ají, que también están caros.

–Cuando llueve, ¿usted igual viene por acá?

–Cuando llueve me vengo a arrancar monte con mis guantes y a limpiar, porque me gusta tenerlo limpio. Hice unos canales para la lluvia.

–¿Todo este terreno es suyo?

–Esto es mío. Mira las caraoatas, ¡ve! Mira, esto es Hierba Rosa. Esto otro es Tua-tua morada, sirve para remedio. Mira, también hay lechosa. Esta es muy buena para el dolor de estómago.

–¿Y eso otro qué es?

–Hierba Luisa. Se hace en un guarapo, bien sabroso, y en cinco minutos te quita la indigestión. Toma, llévate un poquito, es buenísimo.

El jatillo

Al igual que ocurrió en el resto del continente americano, los primeros habitantes de El Hatillo fueron aborígenes. De hecho, según escribe José Félix Peraza, primer cronista de dicho municipio, esta parte de la región centro-norte venezolana estuvo habitada por aborígenes pacíficos que más tarde fueron conquistados por la etnia Caribe, considerada especialmente bélica y tenaz⁴⁴. La actual cronista, Valera, explica que tras la colonización, El Hatillo se fue poblando con los españoles que venían de las islas Canarias, específicamente de la isla El Hierro.

Una vez creada la plaza central, la capilla de El Calvario y las casas de las personas más importantes de la zona en aquella época, Baltazar de

⁴⁴ José Félix Peraza. *El Hatillo, un territorio afortunado*. En *El Hatillo: Territorio Afortunado*. Caracas, Edit. ExxonMobil de Venezuela. (pp.15-42). p.3

León funda el pueblo de El Hatillo, el 12 de junio de 1784. “Los grandes hacendados tenían sus casas en sus haciendas y la gente del pueblito vivía en lo que es el casco central, que eran como de dos cuadras. Lo demás era monte y culebra”, añade la cronista.

En cuanto al origen del nombre del municipio, Valera señala que de las varias versiones, ella se inclina por la que habla de los primeros habitantes del lugar. “Muchos de los que llegaron con la colonización eran personas que no sabían leer ni escribir, eran obreros, labriegos, labradores. Por eso, la zona se formó con pequeños hatos, hatos chiquitos: ‘Hatillo’ de hato chiquitillo, como hablan los españoles. Ellos inclusive decían Jatillo o Jatico, con ‘J’, dice.

Explica que los españoles que se establecieron en la zona fueron formando sus haciendas, donde cultivaban de todo: primero cacao y después el café y todo lo demás.

Al día de hoy, la siembra en Sabaneta sigue siendo una costumbre practicada por varios. Pero, como el maíz y las caraotas, lo cierto es que esta apartada zona del estado Miranda tiene sembrado algo más: una memoria común que define una identidad autóctona, una identidad que se apoya en tradiciones y creencias de cientos de años, y que vive en las historias y experiencias de su gente.

Capítulo II. El joropo sabaneteño

Joropo es el nombre que incuestionablemente
define ante propios y extraños,
la esencia de algo netamente venezolano.

Luis Felipe Ramón y Rivera. El joropo. Baile Nacional de Venezuela

*¿Por qué será que he envejecido?
¿Por qué será que he envejecido?
¿Por qué será que hasta mis hijos se han ido?*

La voz de Mario Díaz, el poeta de Requena, retumba en los altavoces del galpón. En el video se muestra una pista de baile donde se cuentan más de 30 parejas dando pie al ritmo de la música central, otrora conocida como “tuyera”.

El estilo al bailar, por supuesto, es distinto al del joropo llanero. La veloz ejecución del golpe de joropo que implica la canción *El Ermitaño* del hatillano Mario Díaz tiene a todos activos.

*Vivo solito en el mundo
sin hijos y sin esposa.
Y añoro a cada segundo
un compañero en mi choza.*

Mujeres y hombres están tomados por ambas manos. Cuando el arpa arrecia, ellos se destacan zapateando. Las mujeres solo les siguen, sin hacer tronar sus tacones. Pero a cierto punto los pies de los hombres apenas tocan el piso. El baile es muy rápido, tanto que a los ojos ajenos podría parecer una persecución musical. El ritmo es diferente, y las melodías tienen algo de chispa. En el galpón desconocido, desde que empieza a sonar el arpa la mayoría de los invitados se levanta de sus asientos para bailar.

El joropo central llama al bailarín y este obedece, entre saltos y clapiteos, a la algarabía del arpa, maraca y buche⁴⁵, así se siente incluso a través de una pantalla. Se siente en todo Miranda, en Aragua y Carabobo. Pero primero, primero se sintió en Sabaneta y sus alrededores.

El sol frío pero aun así implacable de la calle principal de Las Lomas, en Sabaneta, estado Miranda, ilumina el negro y aislado pavimento. Casas y bodegas guían el camino, pero pocas son las caras que adornan los porches

⁴⁵ La musicóloga KatrinLengwinat explica en su artículo sobre *La continuidad del cambio en los bailes de joropo central*, publicado en la *Revista Música e Investigación*, VI (12-13), (pp. 203-218), 2003. p. 204, que "buche" es un término regional que se refiere a la voz y el canto.

artesanales. La soledad del domingo al mediodía es la reina del lugar, aunque cuentan los habitantes que la cosa no varía mucho durante los otros días de la semana.

A no más de 200 metros de la carretera, casi al final de la calle, a la derecha, está el lugar. “El Mirador de Ángel León” llama al peatón con la esperanza de sombra, el olor a sancocho en leña y el vallenato que suena en las cornetas del local. El piso pulido de un color verde muy oscuro brilla en soledad, pero detrás de la barra espera Migdalia Zerpa, esposa de Ángel León, también conocido como “Tortilla”, anfitrión de muchos bailes de joropo central en Sabaneta en los últimos 20 años.

“La tasca tiene como 21 años –dice Migdalia–. Desde el principio hacíamos bailes, pero no siempre. Por lo general se hacían cada seis meses o, bueno, cuando nos lo alquilaban. Ahora se hace muy poco. El último fue el 25 de diciembre del año pasado (2014)”.

Siete meses después, no son muchos los bailadores de joropo central que pasan por la acogedora tasca hecha de credo, bomboncillo y carrizo, al menos no a bailar. Cuentan Migdalia y Rosendo (segundo nombre por el cual también conocen a Ángel y a la tasca) que los músicos solían acomodarse en una esquina cercana a la pequeña puerta del lugar.

“Ahí ponían el arpa y al lado iba el cantador con las maracas”, recuerda el anfitrión, mientras se apaga el vallenato y empieza a sonar la salsa. En un rato sonará La Billo’s por los altavoces.

Ambos, Ángel y su esposa, son sabaneteños. Él tiene 55 y ella 50 años. Su tasca, también conocida como “Rancho El Mirador”, es uno de los contados sitios que se convirtieron en ícono de la zona rural de El Hatillo por sus bailes de joropo central.

“A la gente le gusta la tasca para los bailes porque es más tranquilo, el ambiente”, comenta Migdalia.

La historia de Sabaneta, aquella que solo tiene registro en la memoria de unos pocos sabaneteños, cuenta que anteriormente se cultivaban café y naranjas en sus campos. Eran campos como muchos, en una zona rural como otras, que contaba con unos campesinos trabajadores que no dejaban perder la cosecha, como tantos. Pero, a diferencia de otros, los campos mirandinos de Sabaneta no solo eran viva imagen de la zona montañosa que caracteriza a la región centro-norte venezolana; sino que sus habitantes, laboriosos de la tierra, tenían un modo particular de tocar el arpa, de darle al pie, de celebrar. Un modo sabaneteño de hacer música, con un nombre propio.

Esto tendría su origen, según lo que reseña la especialista en etnomusicología, Katrin Lengwinat⁴⁶, en el libro *La continuidad del cambio en los bailes de joropo central*, en una costumbre que tenían los campesinos en la zona montañosa del Tuy, de la cual forma parte Sabaneta. La historia cuenta que, después de cada cosecha, el dueño de la hacienda daba una res o un cerdo como ofrenda, y hacía un baile de arpa en la Casa Grande. Allí los campesinos que trabajaban como peones y domésticos, giraban y zapateaban toda la noche por los corredores de piedra y ladrillo americano. Cuando el patrón no podía pagar a los músicos, señala la autora, los mismos peones se convertían en guitarreros, arpistas y cantadores.

En otras zonas del país, expresiones similares a estas empezaban a conocerse como joropos –que después se convertirían en el baile nacional de Venezuela y, en 2014, en Patrimonio Cultural de la Patria⁴⁷–. Pero en el valle cercano a la cuenca del río Tuy se le agregaría a este ritmo el apellido “tuyero” o “mirandino”. Después se extendería hacia los estados centrales de Aragua, Carabobo y norte de Guárico, hasta ser conocido como joropo central.

⁴⁶ *Ibidem*. p. 209.

⁴⁷ Agencia venezolana de Noticias. *Declarado el joropo como Patrimonio Cultural venezolano*. Artículo publicado por la AVN el 15 de marzo de 2014. Disponible en: <http://www.avn.info.ve/contenido/declarado-joropo-como-patrimonio-cultural-venezolano>

Hoy en día, a pesar de los diversos cambios que ha enfrentado y/o abrazado la zona rural del ahora municipio El Hatillo, algo que sigue presente en Sabaneta es la musicalidad y las ganas de celebrar al ritmo del arpa tuyaera.

“La primera vez que yo fui a un baile de joropo (central), yo no podía creer que eso pasara a una hora de Caracas –dice Tamara Petkoff, exvocera del Consejo Comunal de La Mata, sector que también forma parte de la zona rural de El Hatillo—. Eso es lo más autóctono que tenemos. Una cosa arraigada aquí que yo no sé cómo se ha mantenido, de lo hermoso que es”.

Los bailes de joropo central como el que refiere nacieron en la zona rural, en el campo, según explica la musicóloga Lengwinat⁴⁸. Desde ahí, se habrían ido extendiendo desde los caseríos rurales a pueblos y centros urbanos con las migraciones de principios del siglo XIX, sin perder el carácter familiar y campesino que le acompañó desde su origen. Sobre el tema, la experta señala al fandango⁴⁹ como la raíz del género joropero venezolano, no solo del central⁵⁰.

⁴⁸ *Ibidem*. p. 203.

⁴⁹ El musicólogo venezolano Rafael Salazar asegura que el fandango partió de África como danza sacra hacia el Caribe y de ahí fue introducida en Andalucía para convertirse en una danza popular. (Rafael Salazar. *La música del mestizaje*. Citado por Katrin Lengwinat.

Por su parte, Ramón y Rivera⁵¹, violinista, compositor y folklorista venezolano, precursor de la etnomusicología en el país, en su libro *Joropo, baile nacional de Venezuela* cuenta que para principios del siglo XIX, el joropo (tanto el evento como el ritmo) era conocido como “fandango” y coincide con Lengwinat en cuanto a la influencia de éste sobre lo que después se denominaría joropo⁵².

También dice el autor que este género musical cuenta, en realidad, con una estructura compleja que involucra poesía, música y baile de distintas épocas y precedencias, por lo que determinar su origen exacto es una tarea compleja a su vez. Él lo plantea así: “(El joropo es un) fruto híbrido, como tal, no tiene mayor ni mejor historia que la de su presencia entre nosotros”⁵³. Esto es, aunque se puedan certificar los datos de origen de los géneros y ritmos que le influenciaron y los instrumentos que hoy lo ejecutan, la única historia certera del joropo en Venezuela, según el autor, es aquella que se ha vivido sin más registro exacto.

En el caso del joropo central, los encuentros populares, bailes y jácaras de las zonas cercanas al río Tuy fueron creados por campesinos de

Elementos de fandango y de barroco en el joropo central. En K. Lengwinat. Coord., *Estudios en torno al Joropo Central.* Caracas, Fundación Vicente Emilio Sojo, 2009. p. 81).

⁵⁰ *Ibidem.*

⁵¹ Luis F. Ramón y Rivera. *El joropo. Baile Nacional de Venezuela.* 2a ed. Caracas, Ernesto Armitano, 1987. p.19.

⁵² *Ibidem.* pp.13-19.

⁵³ *Ibidem.*

estos sectores. En Sabaneta, no hay registro específico de cómo solían ser estos eventos hace un siglo. Sin embargo, hay testimonio vivo de cómo han sido en los últimos años.

Suenan las metralletas

Así como los días, las noches en Sabaneta son también tranquilas, silenciosas, quietas, solas. Pero de vez en cuando ocurre una estruendosa y alegre excepción, donde se escucha:

*PA-PARÁ-PA-PA,
PA-PARÁ-PA-PA,
PA-PA-PA-PA-PA-PÁ.*

El piso truena a ese ritmo por el zapateo de los bailarines. Con cerveza o sin cerveza en mano, cuando empieza a sonar el arpa, maraca y buche (voz) del joropo central, se activan “Las metralletas”. Así se les conoce en la región centro-norte de Venezuela a los bailarines que zapatean con ganas y mucho ruido, al ritmo del arpa y las maracas centrales. No se detienen, ni en los giros y vueltas rápidas. Gente que suele asistir a los bailes señala que los zapateos pueden incluso superar los 15 minutos continuos.

“A estas fiestas se viene a bailar. La mujer que no baila es porque no la sacan”, dice Carlos Colmenares, reconocido promotor de estas fiestas en el estado Miranda, especialmente del municipio El Hatillo.

Durante el baile de joropo central, cuenta la musicóloga Lengwinat⁵⁴, tradicionalmente los bailadores casi no se ven a la cara ni se hablan.

“La máxima meta es disfrutar el baile sin importar si la pareja se adecúa físicamente a uno –indica la experta–. Lo único que importa es la comunicación dancística, si la pareja sabe adaptarse a los distintos pasos y si puede seguir las inspiraciones de uno. Las mujeres tienen poca expresión propia. Deben subordinarse totalmente a la inspiración del hombre y mientras más sabe llevar todos los pasos, mejor es”.

Suena y parece sencillo, pero para algunos sabaneteños no es así.

–Bueno, yo no es que sepa bailar tuyero. Pero no lo veo tan difícil. Es como darle al pie bastante –comenta Rosendo.

–Sí es difícil –le refuta Migdalia, su esposa.

–Claro, al tú tener oído y escuchar la música, sólo tienes que mover los pies –continúa Rosendo–. Hay personas que llegan diciendo: ‘ay, yo no sé bailar eso’. Entonces tú las sacas y, de repente, aprenden. O bueno, algunos le

⁵⁴Lengwinat. *La continuidad...* p. 207.

dan más o menos. Las del Tuy bailan buenísimo. Si en el Tuy tú sacas a una mujer de esas y no sabes bailar, ellas se dicen: 'ese no vale', y te dejan botado. Sí, porque ellas saben bailar.

En Sabaneta, más que una actividad recreacional, los bailes de joropo central son eventos de tradición. Por cumpleaños, bautizos, celebraciones o, simplemente, porque la gente tiene ganas de “echar un pie”, los vecinos del sector cuentan que lo que se busca con este tipo de actividad es pasar un buen rato y zapatear bastante.

“Una vez, hace como tres años –recuerda Carlos Colmenares–, un sabaneteño se puso a zapatear de más en la tasca de Rosendo, y murió. Era muy popular en Sabaneta, le llamaban El Negro Maraco. Él no había bailado en toda la noche. De repente, se puso a bailar y le dio un infarto. Apenas se llevaron al muerto, siguió la fiesta”.

De Ocumare, Charallave, Las Brisas, Los Teques, Guatire y de Sabaneta, así como desde otros pueblos y localidades del estado Miranda y otros del centro-norte venezolano, como Aragua, Carabobo y el norte de Guárico, Colmenares ha visto llegar gente a los bailes. Desde 100 y hasta 500 y tantas almas se han agrupado para zapatear en bailes organizados por el promotor. Claro, la afluencia varía según el evento y la ubicación.

“Yo compro los talonarios de rifas, los que traen 100 tickets. Por ahí veo cuántas personas entraron. Al evento en honor a Mario Díaz metí 500 y pico de personas”, recuerda con orgullo. Se refiere al homenaje que organizó el 29 de agosto del 2015 para celebrar los 50 años de vida artística de ese cantautor hatillano, ícono del joropo central en la zona rural y todo el estado Miranda. “Esa fiesta empezó a las ocho de la noche y eran las seis de la mañana y la gente no se quería ir. Disfrutando”.

A sus 55 años de edad, Carlos dice que no lleva ya la cuenta de cuántos bailes de joropo central ha organizado, pero recuerda que decidió iniciarse porque le gustaba. “Yo siempre estoy ahí, apoyando a la música. Me gusta mantener esa cultura, esa chispa”.

Colmenares es caraqueño, pero vive dividido entre San Mateo, estado Aragua, su hogar, y el pueblo de El Hatillo, donde alquila una habitación entre semana para trabajar en la metalmecánica Faaca. A pesar de la distancia, usa sus sábados y domingos para organizar bailes.

“Yo iba para las fiestas, y me dije: algún día tengo que hacer una también. Y empecé. Ahora, gracias a Dios, soy muy reconocido”, admite.

Pero los bailes que programa Colmenares no serían los únicos en el país. De hecho, a finales de abril del año 2014, la etnomusicóloga Lengwinat

publicó un artículo en el diario *El Nacional*⁵⁵ que tituló *Fiesta popular de vigor con arpa, maraca y buche*, donde se lee que 2.000 bailes del género al año tendrían lugar en Caracas, Miranda y Aragua. Actualmente, el productor Colmenares no se atreve a dar una cifra anual de bailes, pero coincide en que tienen lugar todo el año y, además, no son pocos.

“Oye, no sé. Pero son bastantes, oíste. ¡Bastantes! Todo el año hay joropo”, asegura.

De los muchos eventos de música central que ha producido Colmenares en los últimos 20 años, algunos han sido temáticos y se han convertido en tradición. “A los bailes le colocamos nombres porque así se llama más gente. Yo hice el Sabanetazo de Oro, por Sabaneta. Lo hice dos veces y ya. No lo hice más, pero tengo que rescatarlo. Hay mucha demanda en todos lados”.

“El Sabanetazo de Oro, ese fue bueno”, recuerda Rosendo León, de la tasca El Mirador. “Ese se hizo aquí. Lo armó Carlos Colmenares. También hubo una fiesta a la que le pusieron, ¿cómo es qué? –le pregunta a su esposa, sin darle tiempo para contestar–. El baile de las botas”.

⁵⁵ K. Lengwinat. *Joropo central: fiesta popular de vigor con arpa, maraca y buche*. Artículo publicado en el diario *El Nacional* el 20 de abril de 2014. Disponible en: http://www.el-nacional.com/papel_literario/Joropo-central-fiesta-popular-maraca_0_393560722.html

Migdalia, la esposa de Rosendo, señala que en la tasca se llegaron a realizar bailes temáticos como el baile del sombrero, en el que todos debían llevar sombrero, y reconoce que existen otros también llamativos que no llegaron a hacerse en su sede, como el baile de las mujeres, donde ellas eran quienes tenían que pagar las entradas de los hombres.

Los bailes, por lo general, se hacían solamente los sábados o en ocasiones especiales. En el caso de la tasca El Mirador, el día predilecto para los promotores era el Día de las Madres. “Los promotores buscan las fechas buenas. Si cae feriado un día martes, ¿quién va a poner la fiesta allí?”, razona el dueño de la tasca.

Cayetano León, hermano de Rosendo, solo vive a un par de casas de la tasca. Su hogar también se convirtió en escenario icónico de la zona para la realización de bailes de joropo. Isabel, su esposa y otrora coanfitriona, rememora:

“Unas fiestas las hacían en el rancho El Mirador y otras las hacíamos aquí. La entrada costaba como 20 bolívares, de los viejos, hace 20 años. Pero eso dependía del promotor que venía para acá. Porque hay unos que cobran más caro y otros más económicos –aclara–. La gente venía de todas partes: Ocumare, Charallave, las Brisas, y los invitados eran de la talla de Mario Díaz y Brígido Ríos”.

“Sí, sí, las personas que venían para acá a cantar en los joropos eran los que llamaban más gente –cuenta Rosendo León–. Estaba Brígido Ríos, que es viejísimo, José Miguel Arteaga, Ricardo Ramos, al que le dicen El Loro de Miranda. También Laureano Olivares, que es bien conocido y es de aquí mismo, de Turgua”.

La asistencia a los bailes, dicen los anfitriones de la tasca El Mirador, era nutrida. Sobre todo si se toma en cuenta el breve espacio de aproximadamente 25 metros cuadrados disponibles para los clientes en su local. “Venían ciento y pico de personas, porque los promotores ponían cuñas en la radio, en las paradas, en los carros”, dice Migdalia.

Precisamente, esa receptividad de las personas hacia los bailes era, para el productor Carlos Colmenares, un punto a favor. “Es una chispa espectacular. Ahí no se comenta nada de política. El joropero se olvida de todo, se relaja, lo que hace es bailar y bailar hasta que el cuerpo aguante”.

Como anfitrión, Rosendo cuenta que su satisfacción ha sido grande. El reconocimiento de la gente es lo que más le llena.

“Me siento bien porque a la gente le gusta. Dicen: ‘en ese sitio las fiestas son buenas, porque nunca hay problemas’, y nunca ha habido un problema. Entonces siempre nos pedían que les alquiláramos para las fiestas –explica–. Yo le digo a Migdalia que uno se sentía orgulloso cuando nos

decían: ‘Mira, alquírame. Este sitio es bueno’. El único problema es que, como quedamos en un callejón, la calle siempre se llena de carros y hay que estar pendiente con los vecinos, para no molestarlos”.

Rosendo y su esposa tienen su casa en la parte trasera de la tasca, por lo que cuando hacían los bailes era como si estos tuvieran lugar en su patio trasero. Lengwinat afirma que los bailes de joropo hogareños y de hacendados, como los que ocurrían en la casa de Rosendo o en la de Cayetano, existen en las zonas rurales desde el siglo XVIII. Sin embargo, los bailes comerciales, como también eran los que se convocaban en la tasca El Mirador, habrían empezado a aparecer tan solo a principios del siglo XX⁵⁶. Según reseña la especialista en etnomusicología, en Caracas los bailes comerciales empezaron en 1946, y procesos parecidos tuvieron lugar en otras grandes ciudades del centro del país hacia donde migraron campesinos en busca de mejoramiento económico. Ya en sus destinos, los “pueblerinos” reestablecerían sus joropos en sitios específicos y se apoyarían en promotores conocidos⁵⁷.

Pero el lazo que une al sabaneteño con este estilo musical no se quedaría en lo comercial. Los orígenes hogareños de la tradición se

⁵⁶Lengwinat. *La continuidad...* pp. 205-210.

⁵⁷*Ibidem.* pp. 210-211.

mantienen, y con ellos las generaciones que han crecido disfrutando de la música de la zona.

A Gabriel González, comunicador social y carpintero, nacido y criado en Sabaneta, la música central lo ha acompañado durante sus 44 años de vida en su tierra natal. Al preguntarle si considera que el joropo central define de alguna forma la identidad de Sabaneta, él contesta:

“Con esa música nos dormían, en cuna o hamaca; con esa música nos levantábamos. Los obreros que trabajaban en los conucos se la pasaban todo el día cantándola. Esa música le quedó a uno en el alma grabada – explica–. Uno puede llegar a tener 80 años y aun así uno nunca la va a olvidar, porque uno la vivió, prácticamente, desde que nació”.

Gabriel recuerda a sus abuelos cantándole de pequeño temas íconos de la música central como *El Ermitaño*, del cantador Mario Díaz. “*El gato enmochilao*, *La vaca mariposa*, todas esas canciones. Mis tíos cantaban joropo en Los Valles del Tuy. Uno creció con eso. La música queda porque forma parte de la influencia de uno desde muchacho”.

En la casa de Mario Díaz ubicada en las montañas de Requena, sector rural vecino a Sabaneta, suena una vivaz radio, mientras el cantante tuyero prepara café.

Llovió mucho y buena parte del piso verde debajo de las más de 95 placas, poemas y premios en su honor, que adornan tres de las cuatro paredes de su sala de estar, está encharcado por el agua. Un par de arpas están recostadas en una de las esquinas. Hasta allá el agua no llegó.

“Ahí tengo más placas guardadas –dice mientras señala lo que parece un cuarto oscuro, lleno de peroles, con una cortina por puerta–, pero no las he montado”.

El cantautor, merecedor del Premio Luís Alfonzo Larrain que le otorgara la Sociedad de Autores y Compositores de Venezuela (Sacven) por su aporte al joropo central y al golpe tuyero, señala una de las paredes repletas y explica: “Tengo dos premios de Canario de Oro, que son premios reconocidos. Hice 30 discos de acetato y 27 cd’s. Estoy haciendo el 58 ahorita. Cada disco tiene innovaciones”.

En una de las paredes se ven también fotografías de décadas atrás, cuando incursionó en el mundo de la comedia televisiva como extra y después como personaje regular en el programa cómico Radio Rochela, que transmitió por televisión abierta en el canal RCTV entre 1959 y 2007.

Su prominente bigote oscuro le ganó el apodo de “El Bigote que Canta”, en la palestra joropera central. 50 años de vida artística después aún lo lleva, bien cortado y parejo. Más adelante, sus letras tomaron protagonismo y pasó a ser mejor conocido como “El poeta de Requena”.

“Yo todo el tiempo estoy escribiendo. Creo que he hecho más de 4.000 canciones. No las he contado, pero por ahí va”, asegura.

Después de decir eso, de la radio que está junto a la ventana se escucha una presentación: “Y ahora un tema original de Mario Díaz, *Homenaje al chirulí*. La voz que lo interpreta es la de alguien más. Mario se sorprende un poco y ríe. En las emisoras él dice escuchar diariamente entre 10 y 15 de sus temas, cantados por él o por otras personas.

Entre sus canciones más reconocidas se encuentra *El Tirabesito*, que alcanzó fama en el año 1984 y *El Ermitaño*, que escribió un día tras encontrar a su padre durmiendo entre tamos de caraota sembrados en su parcela.

“Mi papá estaba dormido nada más que con la boca y la nariz afuera del sombrero. Yo me quedé viéndolo y me fui para una camioneta que yo tenía, saqué un lápiz y un papel. No había ni hecho esta casa. Eso fue en el año 76. Hice las cuatro coplitas, sin imaginar que eso iba a trascender de tal manera”, recuerda aún con asombro.

De hecho, su fama como compositor de joropo central trascendió hasta llegar al repertorio de estrellas consagradas en el folklore venezolano como lo fue Simón Díaz.

“Yo canté por primera vez *El Ermitaño* en televisión en el 78, en el programa *La Bodeguita de Simón* –recuerda—. Después de eso la grabó Simón en el 80, salió en el mismo álbum donde se estrenó su *Caballo viejo*. Y de ahí la han grabado otros 15 artistas. Incluso un grupo de Puerto Rico la versionó en Salsa. No sé cómo habrá quedado”.

Cuando se trata de escribir la letra de una canción, incluso algunos de sus colegas lo buscan para pedirle ayuda. “Los compañeros me llaman: ‘–Mira, necesito una letra para... –¡Dame el objetivo!, le digo yo. –Para tal cosa”, comenta.

Pero el tema sobre el que más disfruta escribir es el amor. “Más que todo le escribo al amor, porque siempre hay un despechado *porahí*, incluyéndome a mí”, confiesa.

Resalta que su oficio es dedicarse exclusivamente a la música.

“Esta parcela ha sido de mi familia los últimos 300 años. Yo no me fui para no abandonarla, pero mi papá era el que sembraba, yo no, yo soy flojo pa’eso”, reconoce con dejadez.

Por eso, explica, se considera a sí mismo un campesino atípico. Pero rescata que Requena y su parcela son su hogar, su “monte”.

–Cuando vayan a escribir esta entrevista y la vayan a encabezar, ponen así: “Hablé con un campesino audaz, no con un artista” –recomienda Mario.

–¿Por qué?

–Porque para mí la palabra artista, en mi personalidad, no encaja – contesta–. Porque yo soy un hombre del pueblo, del canto, de compartir con todas las cosas bonitas. Entonces, yo simplemente soy un campesino audaz que de todo sé un poquito. Yo no soy un artista, soy un campesino... audaz – repite con énfasis.

En cuanto al joropo central, Mario considera que su papel de poeta es el que más fama le ha traído. Tanto que de eso, y de los conciertos, vive.

“No me pagan directamente a mí por escribir las canciones que hago para otros cantantes. Eso lo paga Sacven. Ellos pagan los derechos autorales. Ellos recogen en espectáculos, radio, televisión y te pagan una parte”, dice y luce bastante tranquilo en cuanto a la demanda de sus letras.

En el joropo central letras como las de Mario son la base, pero la improvisación, muchas veces, es la que se roba el *show*.

Llanero no es central

Gabriel González es egresado de la Universidad Bolivariana de Venezuela, y escribió un trabajo de investigación sobre el joropo en Venezuela llamado *Joropo, raíces y cultura*, a través del cual pudo conocer más sobre el ritmo que marcó su crecimiento en la zona rural.

“El joropo tuyero descende de la música clásica. El instrumento principal es el arpa tuyera, que se diferencia de la llanera porque tiene las cuerdas de metal. Ella a su vez descende del arpa clásica de orquesta, de cámara”, señala con bastante fluidez.

Según comenta, una de las diferencias que existirían entre el joropo central y el llanero recaería en la propia ejecución del arpa. Dice que la tuyera es más complicada que el arpa llanera, porque necesitaría lo que coloquialmente se llama “más oído musical”.

Al respecto, el folklorista Ramón y Rivera⁵⁸ explica que si bien las diferencias específicas que separan al pasaje aragüeño (término que utiliza el autor y coincide con lo que se conoce como joropo central) del pasaje apureño (que coincide con lo que se conoce como joropo llanero) son dos: la forma de bailarlo y el repertorio musical, existe también una diferencia instrumental.

⁵⁸ L. Ramón y Rivera. *Op. cit.* p. 23.

“(El pasaje apureño) posee una diferencia instrumental (frente al pasaje aragüeño), porque agrega el cuatro acompañante, en tanto el pasaje aragüeño se ejecuta solo con el acompañamiento del arpa, y las maracas las ejecuta el propio cantor”⁵⁹, explica.

En el mismo sentido, Ramón y Rivera señala que los caracteres diferenciadores del pasaje apureño y el aragüeño son principalmente la libertad formal de los períodos musicales, la variación y la modulación⁶⁰. Esto sin dejar de especificar que existen “elementos mixtos” en cada vertiente: el arpa y las maracas conforman el pasaje aragüeño (música central), mientras que la zona llanera se queda con el icónico trío de arpa, cuatro y maracas⁶¹.

“Muchos se preguntarán por qué motivo el cuatro no acompaña junto con el arpa los pasajes aragüeños”, anticipa el compositor Ramón y Rivera⁶² en *El Joropo, baile nacional venezolano*. “Yo creo que esto se debe a la dificultad que entraña seguir al arpa en sus constantes modulaciones, y en la no menos constante improvisación de los temas. Como no hay un orden fijo,

⁵⁹ *Ibidem*. p. 49. Paréntesis nuestros.

⁶⁰ *Ibidem*. p. 55.

⁶¹ No obstante, existían las variaciones instrumentales en el joropo central, tal vez derivadas también del fandango –que en la zona de y aldeaña a la cuenca del río Tuy se ejecutaba con cuatro y guitarra (Lengwinat, *Elementos...* p. 82). Lengwinat cuenta que aunque el central se caracterizó por la unión de arpa, maracas y buche o voz (Lengwinat. *La continuidad...* p. 203) –con lo que coincide Ramón y Rivera en cuanto al pasaje aragüeño (L. Ramón y Rivera. *Op. cit.* p. 55)–, en ocasiones el arpa era sustituida por no solo el cuatro y la guitarra grande, como sucedía en el fandango, sino también por la bandola (Lengwinat. *La continuidad...*, p. 208).

⁶² L. Ramón y Rivera. *Op. cit.* p. 55.

estructural, en esas melodías, es natural que el cuatro resulte más un estorbo que una ayuda en la ejecución”.

De hecho, el carácter espontáneo y variable que suelen imprimir los intérpretes del arpa y los cantadores centrales al repertorio del género tendría mucho que ver con lo que diferenciaría al joropo central del llanero.

Dice Mario Díaz: “La música tuyera más que todo es improvisada. En los espectáculos, nosotros cantamos un ratito la letra y después improvisamos. Es muy diferente a la música llanera, donde el tema ya está constituido. Hay quien improvise (en el llanero), pero no como en el central, porque en esta música los cantantes improvisan y los arpistas también”.

Algo similar explica Lengwinat en su artículo titulado *El espíritu creativo del arpista en el Joropo Central*, publicado en la Revista Musical de Venezuela: “la improvisación y espontaneidad que rodearían al joropo central nacen del arpista y su interpretación”⁶³. Es decir, el protagonismo y la guía la lleva el arpa.

“El arpista de repente está tocando una cosa y cambia a unos tonos raros que llaman ‘recursos’ –continúa explicando Mario–. Pero entonces el cantante tiene que tener un oído muy claro porque le tocan tonalidades que

⁶³ K. Lengwinat. *El espíritu creativo del arpista en el Joropo Central en Revista Musical de Venezuela*. XXIV (44), 2004. p. 180

nunca ha escuchado y tiene que cantarlas. Así que debe tener ese oído limpiecito para escuchar bien las notas musicales y poderlas dominar, improvisando. Por eso es que es tan difícil este género”.

El canto sigue básicamente la línea melódica del arpa, explica Lengwinat⁶⁴, pero en estructuras más elementales, es decir, sin adornos. “El canto muchas veces es tan dominante que no permite apreciar el trabajo instrumental”, afirma en su publicación sobre los elementos del fandango y el barroco en el joropo central.

A pesar de ser el arpa la que se considere protagonista del joropo central, la musicóloga Lengwinat recuerda la importancia que tiene la complementación que brinda la voz del cantador. Según explica, en este tipo de joropo el canto es silábico (un método especial de canto⁶⁵ que consiste en tocar una nota por sílaba⁶⁶). Por lo que, en él, así como otros instrumentos que dan la melodía, el arpa se encarga de “rematar” las frases musicales que emite el cantante⁶⁷.

⁶⁴Lengwinat. *Elementos...* p. 84.

⁶⁵ Carlos José Melcior. *Diccionario enciclopédico de la música*. Barcelona, Edit. Lerida, 1859. p. 78.

⁶⁶ Alicia Rodríguez B. *Música II*. Pozuelo de Alarcón, Edit. Editex, 2011. p. 23.

⁶⁷Lengwinat. *Elementos...* p. 83.

“A todas estas, la diferencia entre el (joropo) tuyero y el llanero es mucha –continúa explicando Mario Díaz–. El llanero es música venezolana, pero es completamente diferente al tuyero, y el instrumento también es diferente. El arpa tuyera tiene 13 cuerdas de metal: primeras y segundas. Mientras que las del arpa que se usa para joropo llanero son de nailon todas. Por esto son más agudos los sonidos del arpa central”.

Esta característica que describe al arpa central tendría su historia. Expertos como Lengwinat y seguidores de la música central como Gabriel González y Ángel Acevedo, coordinador de actividades culturales por la Gobernación del estado Miranda, coinciden en que el instrumento llegó a Venezuela en la época colonial (por el siglo XVI) y en la segunda mitad del siglo XIX permitieron que esta pudiera establecerse en la música popular-tradicional, donde fue adoptada por el campesino en su música festiva y comenzó a reemplazar el cuatro y la guitarra como instrumentos melódicos⁶⁸.

Para ese entonces, el característico sonido metalizado de las cuerdas del arpa española se asemejó al clavecín⁶⁹, instrumento parecido al piano de

⁶⁸ *Ibidem.* p. 83.

⁶⁹ *Ídem.*

cola, pero cuyas cuerdas son pulsadas por una púa o plectro en lugar de por un martillo⁷⁰, que solía ejecutarse en eventos aristocráticos.

“Ahí viene la implicación social que tiene el joropo central –afirma Acevedo, del departamento de Cultura de Miranda–. Los hacendados, campesinos o las personas que trabajaban con los colonizadores escuchan el sonido de ese clavecín y observan que eso era una expresión musical que lograba reunir a un grupo de personas. Entonces empezaron a imitarlo con lo que tenían a la mano. Hoy no empieza un baile de joropo sin que el arpa se desenfunde”.

Cuando el arpista decide improvisar, no lo hace a ciegas. Lengwinat afirma que estas “improvisaciones” tan características surgen de un estrecho vínculo que existe con un modelo ya establecido y que respeta ciertas normas. “Por ejemplo, el cantador de joropo entra siempre después de dos compases en el arpa y esta repite su giro melódico de cuatro compases de manera idéntica o parecida”, dice la experta⁷¹.

¿Pero por qué improvisar si existen normas? La razón por la cual la improvisación sería la reina en la ejecución del joropo central, tanto en la

⁷⁰ Laurence Beauvillard. *Un instrumento para cada niño*. 2ª. ed. Barcelona, Edit. Robinbook, 2006. p. 110.

⁷¹ K. Lengwinat. *El espíritu creativo...* p. 180.

ejecución del arpa como en el uso de la voz, la resume Lengwinat⁷²: “A muchos músicos les sirve la música improvisada para la comunicación, para el intercambio de momentos importantes, que no se dejan expresar verbalmente. También representa un intercambio emocional entre músicos y su público”.

Por lo mismo, la etnomusicóloga concluye que en el trabajo del arpa central existiría una especie de juego permanente. “Un juego con constantes dadas y una reciprocidad de tradición e individualismo⁷³”, afirma.

Es decir, una tregua entre costumbre e inspiración, que resultaría en una espontaneidad controlada de la cual carecería el joropo llanero, en la mayoría de los casos.

“El uso del arpa (central) no se aprende con notas musicales –dice Gabriel, el vecino sabaneteño–, sino por oído; la persona debe ver ejecutar el arpa a un ‘arpista’, que es como se le dice en el joropo central a la persona que toca el arpa⁷⁴”.

Para Mario Díaz, estas variaciones y modulaciones al interpretar son las que harían más difícil la ejecución de la música central frente a la llanera.

⁷² *Ibidem.* p. 186.

⁷³ *Ibidem.* p. 193.

⁷⁴ Según cuenta Lengwinat, la figura del arpista era principal en los bailes. En un ambiente de mucho respeto, todos lo admiraban y trataban con reverencia. (Lengwinat, *La continuidad...* p. 208).

Sin embargo, no sería suficiente para que la fama del joropo central batiera a la del llanero en el ámbito nacional.

“Un evento llanero llama más gente que uno tuyo en el resto del país por los cantantes de línea que tienen ellos –sostiene el productor de bailes Carlos Colmenares–. Tienen muchos y lo reconozco. Por eso es que el joropo llanero es más reconocido”.

Pero cuenta el productor que existe una diferencia más entre los eventos llaneros y los centrales: los costos y las ganancias. “Pueden verse, en un evento llanero, a aquellos tipos con sombreros caros, camisas de cuadros, botas, pero que no gastan en licor como se gasta en un evento de música tuya –explica Colmenares–. La gente que va a los de música tuya se van del baile a las seis de la mañana, y te van pa’ la cantina, se comen su parrilla, los llaneros no. Los llaneros no te invierten plata. Es puro lujo, pero para ellos. No te invierten plata como la gente humilde. Esa es la ventaja que tenemos nosotros que no tienen ellos”.

Lo que, por otro lado, está dispuesto a invertir el público tuyo en una entrada es otra cosa, y Carlos lo señala como otro elemento de discrepancia entre ambos estilos de joropo. “Tú pones una entrada a 200 o 300 bolívares en un evento tuyo y la gente se queja. La pagan en otro género, como reggaetón, salsa, pero con nosotros se quejan”, dice. El precio de entrada al

último baile que organizó Carlos se habría ubicado en Bs. 200 y asegura que para el año próximo (2016) las subirá a Bs. 250.

“Cada quien puede hacer lo que quiera con su dinero. A mí todo el mundo me llama: ‘mira, ¿cuándo vas a montar un evento?’. Pero no es fácil, por como está la situación ahorita”, dice con preocupación.

El zapatear del sistema

En la tasca de Rosendo es tradición hacer los bailes cada 25 de diciembre. Carlos Colmenares se encarga de eso año tras año, cuentan los anfitriones. Pero en 2015, no hubo fiesta joropera en El Mirador.

Migdalia Zerpa, quien junto a su esposo Rosendo le han alquilado con anterioridad la tasca a Carlos, le contó al promotor que recientemente hicieron una fiesta en su local, y que a un muchacho que salió de allí en la madrugada lo mataron en la vía. Ahora, le dijo Migdalia, ella tiene una citación de “la PTJ (Policía Técnica Judicial)”, es decir, en lo hoy es el Centro de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalística (CICPC).

“El que tenga una fiesta aquí y se va pa’ su casa a tal hora de la noche, de repente lo están cazando por ahí”, comenta Cayetano León, también anfitrión y cuñado de Migdalia.

“A la gente le da miedo ir a los bailes, poner un espectáculo”, confirma el cantante Mario Díaz, quien no ha cantado en Sabaneta desde hace tiempo porque los bailes han cesado a causa de la inseguridad.

Mario calcula que su último canto allí fue hace como dos años. Y dice que ya siente que le hace falta volver a cantar en su zona. “Pero todo está peligroso por todos lados. Todo mete miedo. Uno anda por ahí en nombre de Dios”.

Colmenares cuenta que cuando realizaba sus bailes allí, en Sabaneta, le ofrecía transporte al público para que se fuera con la luz del sol, en la mañana. “Los que se quieran ir antes, pueden hacerlo, pero mejor es que se queden hasta el amanecer, por su seguridad”, dice.

La seguridad es, de hecho, uno de los requisitos que le piden a los organizadores de estos bailes al momento de solicitar en la Alcaldía de El Hatillo los permisos necesarios para realizar un evento público, como un baile. Desafortunadamente, cuenta Colmenares, este sería un requisito, además, que a veces resulta muy costoso para ellos.

“Quieren plata, los de la patrulla –señala con molestia–. Saben que ese es el negocio. Te dicen: ‘Yo me quedo aquí, pero me das cuatro o seis mil bolívares’. Y eso es pérdida para mí. Una vez hice un baile donde está la cancha de bolas criollas. El tema era: El llano y Miranda se dan la mano por

primera vez en Sabaneta. Había gente. Pero hubo un matraqueo loco: se llevaron todas las ganancias, pedían cervezas, comida. Si por lo menos te hubieran pedido una cerveza, estaba bien, pero no, se querían llevar todo por cajas. No vale la pena. Dije que no haría más nada ahí”.

Ese ha sido uno de los obstáculos que ha impedido a este promotor seguir con los bailes en la zona. Otro lo tiene cuando va a solicitar el permiso que, dice, no siempre le otorgan.

“Me han negado como tres –recuerda–. Cuando tengo el evento, me ha pasado como dos veces con la Alcaldía, que tengo todo listo y voy a retirar el permiso, y no me lo dan. Ya tenía todo pago: policías, publicidad, cantante, hielo. Entonces, ¿tengo todo montado y me van a negar el permiso?”

Al respecto, refutan desde la Dirección de Cultura de la Alcaldía de El Hatillo que no se han negado permisos para bailes, al menos no durante la administración actual.

Colmenares explica que para los permisos le piden datos del baile: dónde va a ser, a qué hora, qué van a vender, y más. “Te preguntan si naciste vestido o si naciste desnudo –añade con sarcasmo–. Es muy difícil sacarlos”.

Los anfitriones, tanto Rosendo en su tasca como su hermano Cayetano en su casa, dicen que en alguna oportunidad se aventuraron a organizar bailes sin promotores, pero los gastos y los riesgos resultaron mayores para sus negocios, por lo que abrazaron más la idea de quedarse con sus organizadores.

“Yo no hago los bailes, porque ahorita, primero y principal, eso sale muy caro y hay que estar todo legal –comenta Rosendo–. Si lo hacíamos nosotros mismos, invertiríamos mucho. ¿Y si la cosa quedaba mal? ¡Hay que invertir un realero! Por lo menos en las cervezas, las cuñas (radiales), la policía. Y, como te digo, ahorita tú traes a un artista y menos de 12 o 13 millones de los viejos (12.000 o 13.000 bolívares) no te van a cobrar”.

Siempre le pide a los promotores que cumplan con la vigilancia policial que exige el permiso. “Lo hago por como está la cosa: mala, peligrosa”, justifica. Pero también entiende cuando ellos no pueden lograr que la patrulla esté en la puerta por toda la noche.

“Ellos (los policías) vienen, dan una vuelta y se van. Después no vuelven más. Entonces, pa’ tené una patrulla *pará* ahí... pa’ que haya más seriedad y seguridad, hay que pagarles. Si son tres policías, te piden 3.000 bolos, o 4.000, depende. La gente se siente más segura porque sabe que están ahí. Pero sale costoso”, señala.

De esos sobornos por parte de los funcionarios policiales ya está enterada la Alcaldía de El Hatillo.

“Sabemos que eso pasa, y hay que activarse. Eso es motivo de sanción para los policías del municipio –dice Ángel Zambrano, director de Cultura de la Alcaldía de El Hatillo–. Ese comportamiento por parte del cuerpo policial se debe a que éste está muy golpeado: tiene funcionarios que anteriormente eran los botados de otros cuerpos policiales y, además, solo cuentan con las seis patrullas que están en uso”.

Ofrecer seguridad a los sabaneteños es un problema que la propia Alcaldía no ha podido solventar. Zambrano asegura que la seguridad de la zona rural –desde que ésta fue declarada como Zona Protectora de Caracas– le corresponde a la Guardia Nacional Bolivariana (GNB).

“Para la policía municipal es muy difícil darle una cobertura completa a toda esta zona, porque son pocas patrullas y muy pocos funcionarios –dice Zambrano–. Nosotros desde la Alcaldía ojalá pudiésemos activar un circuito, activar transporte y operativos especiales para darle vida a esto (a los bailes), pero es imposible por todas las limitaciones que tenemos: no hay autobuses y no tenemos recursos”.

Por esos motivos, lo único que ha podido hacer la Alcaldía, según comenta el funcionario, es ofrecer espacios en los sitios que les corresponden y así garantizar que se hagan los bailes de joropo.

La Dirección de Cultura, que encabeza Zambrano, en los últimos dos años, ha realizado tres bailes de joropo central en el pueblo de El Hatillo, donde está el casco histórico del municipio. Según afirma el funcionario, éstos han sido muy bien recibidos por la comunidad y esperan poder organizar más eventos parecidos.

“Nuestra obligación como Alcaldía es dar un espacio, y prestar una plataforma donde puedan mostrarse todas estas cosas que hacen vida en El Hatillo”, finaliza.

De la misma forma, en la zona rural parece que perder la tradición es un tema de preocupación.

A Rosendo le han llegado clientes que le dicen: “Oye, me hace falta la tradición, pa’no *perdela*”, cuenta. Él no quiere que desaparezca la costumbre y su esposa tampoco.

En la parada del autobús que va destino a Sabaneta desde Baruta, hay un grupo de hombres que esperan la próxima unidad hablando entre sí.

Dos de ellos van para Papelón, el tercero viaja a Gavilán, también parte de la zona rural.

Al preguntarles si les gustaría que volvieran a realizarse bailes en Sabaneta, uno de los de Papelón responde con seguridad: “Claro que me gustaría. Me gusta más que estar teniendo que pedir cola todos los fines de semana”; el otro que viaja al mismo destino responde de forma similar: “Si volvieran a hacer los bailes me pudiera quedar más rato, sin que la señora se me ponga brava”. Mientras que el tercero, el que viaja a Gavilán coincide y agrega: “Además, los joropos en Sabaneta eran bien sabrosos”.

Pero para Cayetano ya es obvio que la tradición de los bailes se está perdiendo. “Esos muchachitos de ahora, ‘bichitos’ como les digo yo, a ellos no les gustan cosas de joropo ni esas cosas criollas”, dice, refiriéndose a los jóvenes, incluso a sus hijos, ya que ninguno baila joropo central. “Muy poco van (a los bailes) –continúa–. Porque es que adonde hacen las fiestas de joropo van pura gente de alpargata y sombrero, como uno, pues”, añade mientras hace ademán de agarrarse el cuello imaginario de un liqui-liqui en señal de orgullo.

Después cambia drásticamente su semblante. “Ellos van a otros sitios donde están esas cosas de salsa y mariqueras”. Al terminar la oración voltea la cara con desgano y queda mirando la calle frente a su porche.

Si bien no se le puede quitar importancia a la idea que tiene Cayetano sobre los intereses de los jóvenes de hoy, también es cierto que no todo es blanco o negro. En la misma parada de autobús donde estaban los tres hombres conversando hay algunos jóvenes haciendo la cola para abordar la próxima unidad. Uno de ellos es Freddy Marciel, de 17 años. Estudia cuarto año de bachillerato y en su tiempo libre trabaja como ayudante en una panadería. Es de Gavilán. “Yo sí veo que algunos jóvenes tienen interés por el joropo central. Conozco varios de por allá que van a los bailes que arman acá en Baruta y hasta a los que hacen en Petare”, dice. Cuenta que la única vez que él acudió a un baile fue a uno que hubo en el pueblo de El Hatillo y lo hizo porque un amigo lo invitó.

Más atrás en la cola está Karen Ramos, una joven de 20 años de edad que trabaja en una peluquería de Baruta. Ella vive en Turgua, muy cerca de Sabaneta. “Yo regularmente no voy a los bailes, pero sí me invitan y veo que muchos jóvenes van. Lo que pasa es que también esas fiestas ya no las hacen allá en la zona rural, y a mí no me gusta tanto como para venirme a Baruta de nuevo, solo para ese bochinche”, justifica la joven.

Por último, en la fila de la parada de bus se encuentra Yefferson Lobo. Al igual que Freddy, él también estudia cuarto año de liceo, pero Yefferson tiene solo 15 años y no trabaja. “A mí me invitan a veces –dice–. Yo sí veo

que a esas cosas va bastante gente joven. Los que yo conozco van más que todo por la ropa. Les gusta ponerse la pinta, aunque ni sepan bailar. A mí sí me gusta el joropo”, señala.

Así pues, aunque el interés de los jóvenes en la tradición tuyera no es el más fuerte, parece encontrarse lejos de ser inexistente. Con ellos la tradición no está muriendo, solo habría perdido fuerza.

Para Ángel Zambrano, de Cultura El Hatillo, no existe, ni puede hablarse de tal cosa como el rescate de las tradiciones o rescate de la cultura popular porque eso es como decir que está muerta o desvaneciéndose.

“Eso está totalmente equivocado –afirma–. Sobre todo con manifestaciones como el joropo central, cuando ves que cada fin de semana hay bailes. Últimamente quizás menos por todo este contexto y la inseguridad, pero todos los fines de semana hay miles de personas bailando joropo central en vivo. A pesar de que probablemente ha disminuido, como toda la vida nocturna ha disminuido en Caracas, es una manifestación que está completamente viva. El joropo central en El Hatillo está mucho más vivo que el rock, por ejemplo”.

“Y es que en Miranda –dice Ángel Acevedo, coordinador de actividades culturales por la Gobernación–, el joropo que la gente prefiere es el central”.

De hecho, en junio y diciembre de 2014, así como agosto de 2015, los concejos de los municipios Cristóbal Rojas⁷⁵, Tomás Lander y General Rafael Urdaneta⁷⁶ del estado Miranda, respectivamente, declararon al joropo central, o tuyero, patrimonio cultural intangible de sus circunscripciones⁷⁷. En Cristóbal Rojas y en Ocumare del Tuy, capital del municipio Tomás Lander, declararon el día 6 de junio y 12 de diciembre, respectivamente, como día del joropo central.

En El Hatillo no se ha declarado a esta expresión de origen tuyero como patrimonio cultural del municipio, pero eso no evita que muchos hatillanos ya le den ese reconocimiento:

⁷⁵ Agencia Venezolana de Noticias. *Joropo tuyero declarado Patrimonio Cultural Intangible de Miranda*. Artículo publicado por AVN el 18 de junio de 2014. Disponible en: <http://www.avn.info.ve/contenido/joropo-tuyero-declarado-patrimonio-cultural-intangible-miranda>

⁷⁶ _____ . *Joropo tuyero es declarado Patrimonio Cultural Intangible del pueblo de Cúa*. Artículo publicado por AVN el 18 de agosto de 2015. Disponible en: <http://www.avn.info.ve/contenido/c%C3%BAa-festejan-declaraci%C3%B3n-del-joropo-tuyero-como-patrimonio-cultural-intangible-del-municip>

⁷⁷Jean Carlos Rodríguez. *Declaran al joropo tuyero “Patrimonio cultural intangible del municipio Lander”*. Artículo publicado por Diario La Voz el 12 de diciembre de 2014. Disponible en: <http://www.diariolavoz.net/2014/12/12/declaran-al-joropo-tuyero-patrimonio-cultural-intangible-del-municipio-lander/>

“Sí es patrimonio, completamente, y lo hemos comprobado cada vez que hacemos eventos de joropo central”, expresa Zambrano.

El ente encargado de hacer esas declaraciones no es la Alcaldía ni la Gobernación, añade Acevedo, sino el Instituto de Patrimonio Cultural, que pertenece al Gobierno Central. “Ellos son los que están facultados por ley para declararlo. Nosotros en la Gobernación tenemos un tratamiento hacia lo patrimonial desde la Dirección de Cultura, de hecho, tenemos una Coordinación de Patrimonio, pero no somos quienes decidimos qué es patrimonio y qué no”.

Independientemente de si el joropo central es declarado o no patrimonio de los sabaneteños, para el representante de Cultura Miranda, es evidente que hay una conexión interesante con este género musical y baile. “De lo que percibo, puedo decir que hay un vínculo emocional sumamente interesante con el tema del joropo central. Porque los bailarores consideran eso casi que una misión de vida. He conversado con personas que me dicen que nacieron para bailar el joropo central. Otras personas nacieron para cantarlo y otras para tocarlo”.

También explica el vocero que el contacto con la gente y con la tradición del joropo central en Miranda le ha hecho entender que este género

es considerado por muchos como la esencia y la identidad de los mirandinos, no solo de los sabaneteños.

“Al hablar con las personas que lo tocan y bailan uno percibe que para ellos esa expresión musical es lo más significativo del país. Es como una religión. Los domingos, unos van a la iglesia, otros van a bailes de joropo central –afirma–. Eso implica que hay una asociación emocional y ellos drenan su rutina al bailar, despejan la mente y pasa a ser un alimento para ellos bailar”.

Cayetano no ha visto a la juventud interesada por esta música central, pero Gabriel González, sí.

“La juventud ahorita ha crecido bastante con el joropo. Ves a los chamos de 18 o 20 años escuchando esta música en los carros, en las reuniones. Los viernes en la noche puedes ver a los carros en las calles y, en lugar de merengue, salsa o reggaetón, se escucha el joropo central. Aquí la música nunca se ha dejado de escuchar ni en la juventud ni en la personas mayores. Lo que no hay es bailes de joropo, como tal”, asegura.

Hoy, por los campos de Sabaneta, Pulvio Blanco -sabaneteño de 40 años de edad, y vocero del Consejo Comunal de Papelón, en Sabaneta-

camina apartando el monte alto y buscando los restos de café y naranjas que aún quedaron sembrados desde hace más de 100 años en la zona. Para él, “un sabaneteño más”, como se afirma, el joropo es uno de los bienes culturales más grandes que creó la zona rural.

De los campesinos que labraban esas tierras, quedaron los hijos y los nietos, los hijos de los nietos, y así también quedó la distintiva forma en la que, a pesar de tantos cambios vividos por las generaciones que allí quedaron, se hace música para darle al pie, para celebrar con un ritmo y nombre propio.

Capítulo III: Magia y otras creencias

Las puertas de la magia se abren
cuando la adversidad o la envidia tocan.

Michaelle Ascencio. *De que vuelan, vuelan*

En Sabaneta, hay quienes susurran su nombre.

“Es ella”, dice alguien en tono bajito, y continúa: “Se llama Teodora, y se cree que ella...”, se contrae el susurro.

Es una mujer de tez morena. Vive en una casa de fachada cuadrada, sin pintura, de un solo piso y techo de zinc, al final de una calle donde no ha llegado el asfalto. Se llama Teodora Berseguía. Su cabello, con largas raíces blancas y puntas castañas, luce despeinado con esa cola floja que lo ata. Ella intenta aplacarlo con sus manos, pero falla: sigue igual. Lleva un vestido estampado, de un azul decolorado, como esos que se guardan solo para usar en casa y cuando no hay visitas. Porque hoy no esperaba invitados. Está sentada –con sus tobillos cruzados y, en sus pies, unas cholas negras desgastadas– en uno de los sillones de su sala.

–Dicen que por esta calle vive una bruja. ¿Es eso cierto?

Ella se endereza en el sofá, se inclina hacia adelante y ríe. Luego mira fijamente con sus prominentes ojos verdes, que resaltan las profundas arrugas de su rostro.

–Sí, a mí siempre me creían bruja, ¿qué tal? –contesta rápido y vuelve a reír.

Teodora dice que no sabe por qué la llaman así. Al sofá donde está sentada le sobresale la gomaespuma, y el tapizado verde se ha ido borrando por la tierra y el uso. Hay un crucifijo pegado en la pared. De él cuelgan rosarios de distintos colores y tamaños, porque la actividad favorita de ella, asegura, es rezar. Lo hace, más que todo, por protección, porque está segura que en este mundo hay personas malas que le pueden hacer daño a ella y a los suyos. Entonces, siempre que puede, reza. Incluso, mientras camina, murmura oraciones que no terminan de salir de su boca.

En la entrada de su casa ha dispuesto un pequeño altar a San Antonio y la Virgen del Rosario. El mismo está incrustado en la pared de tierra que separa su casa de la calle. Allí, a la sombra su improvisado porche, ella les reza, de pie sobre el piso de cemento desnivelado. A sus 64 años de edad, ella ha visto cosas del mal, que otros no.

“Unos vecinos creen que es mentira. Pero como uno ha visto cosas, uno sí sabe que no es embuste. A esos que no creen los embroman más fácil, porque no quieren hacerse nada, ni que les hagan un remedio”, dice con su voz temblorosa, pero a la vez muy segura.

Según cuenta, ella misma ha visto muchas brujas en Sabaneta, donde su familia ha vivido desde que ella puede recordar. La primera vez que vio alguna estaba junto a su madre en la cocina de la casa –que para entonces aún era de bahareque– y escuchó el aleteo de un animal. Salió al patio y vio a un zamuro en el techo.

“Me metí corriendo pa’ dentro y le conté a mi mamá. Ella me dijo: ‘sí, mija, eso es una bruja”, recuerda con claridad. Desde ahí, Teodora es una de las sabaneteñas que afirma, con toda seguridad, que las brujas existen.

De hecho, esta creencia sería bastante común, no solo en Sabaneta sino en el estado. “En Miranda hay una larga tradición de creencias, supersticiones y prácticas de carácter mágico”, señala la Fundación Bigott en un texto sobre las tradiciones populares del estado Miranda⁷⁸. “En el Tuy y Barlovento, esto se debe a la predominante presencia afro-venezolana y en otras regiones, a las creencias que vinieron de Europa”.

⁷⁸ Fundación Bigott. *Miranda. Serie Tradiciones populares de los estados*. Venezuela, Edit. Fundación Bigott, 1996. p. 14.

El mismo trabajo refiere que la brujería, en especial, es una creencia arraigada en varias zonas del estado. Pero el fenómeno no se quedaría ahí. En general, en Venezuela, este tipo de supersticiones serían bastante comunes, afirma la etnóloga e investigadora de la Universidad Central de Venezuela (UCV) Michealle Ascencio, en el libro *De que vuelan, vuelan*, donde habla sobre los imaginarios religiosos en el país. La estudiosa dice que la brujería en Venezuela da lugar a argumentos, experiencias y anécdotas que comprueban su existencia para la mayoría de la gente⁷⁹. Es decir, muchos tienen algo que contar sobre la magia, aunque no todos necesariamente crean en prácticas mágicas.

“Las brujas que se convierten en zamuros no son malas –continúa Teodora–. Ellas solo buscan fregarte, asustarte”. Saca del bolsillo de su vestido un cigarrillo y un encendedor de plástico de color amarillo brillante. La brisa que entra por la ventana no le permite encender la llama. Se toma su tiempo.

Ascencio explica que es común que la brujería ocupe un lugar importante dentro de los sistemas de creencias de aquellas sociedades que

⁷⁹ Michaelle Ascencio. *De que vuelan, vuelan. Imaginarios religiosos venezolanos*. Venezuela, Edit. Alfa, 2012. p. 150.

viven en la precariedad⁸⁰, las zonas rurales, apartadas. En otras palabras, lugares como Sabaneta.

Precisamente, es a estas zonas aisladas donde los avances de la ciencia tardan más en llegar. Ello tendría mucho que ver con el desarrollo de ciertos sistemas de creencias en estos sectores. La antropóloga británica Lucy Mair señala en el libro *La brujería en los pueblos primitivos actuales*, que mientras no lleguen a estas sociedades apartadas las respuestas que puede dar la ciencia a las crisis de cada día, a las bendiciones o desgracias que ocurran, y especialmente a las enfermedades, para ellas será indispensable creer en los poderes y respuestas que da la brujería⁸¹. “Cuando se carece de tal conocimiento científico es cuando los hombres explican la enfermedad y la desgracia por medio de la brujería”, señala la autora.

Cuando Teodora por fin logra encender su cigarrillo, el humo de la primera bocanada se volatiza e impregna rápidamente de olor a tabaco los escasos dos metros de sala donde recibe a las visitas. Continúa con el cuento:

⁸⁰ *Ibidem.* p. 15

⁸¹ Lucy Mair. *La brujería en los pueblos primitivos actuales*. Madrid, Edit. Guadarrama, 1969. p. 9.

“El hijo mío se enamoró de una muchacha y, cada vez que ella venía pa’ la casa, detrás venía la bruja. Yo le dije a mi muchacho: ‘ella tiene que ser de una familia ‘e brujas’ –dice e inmediatamente mira por la ventana mientras da otro jalón al cigarro y suelta el humo de nuevo–: Después mi hijo me dijo que sí, que era una tía de ella la que era bruja y andaba averiguando dónde estaba metida la muchacha. Pero después que ellos se *ajuntaron*, no vino más la bruja. Ella solo venía a chismosearle la vida a uno”.

El antropólogo venezolano Simón Hernández, de la UCV, en una entrevista coincide con la afirmación de la británica Mair, en tanto, asegura que los sistemas de creencias dan sentido a la realidad de los individuos. De ahí, la importancia que tendrían estos mismos sistemas para las sociedades.

“Los sistemas de creencias, salvo en muy raras excepciones, son parte del contexto social, familiar y cultural –explica el antropólogo–. Su importancia reside en que dan sentido y significado a la realidad de las personas. Una comunidad tendrá un sistema de creencias que le dé sentido a su mundo, a sus relaciones, a sus vínculos. Esto es intrínsecamente humano, y es válido tanto para sociedades urbanas como rurales”.

Para Hernández, una creencia puede ser desde una duda o una opinión, hasta una certeza que tenga la persona. De acuerdo con lo que explica el experto, son esas mismas opiniones, dudas o certezas capaces de

generar cohesión o división en la comunidad, según sea la afinidad de las personas que las posean. Así, el que personas crean en la existencia de seres humanos que pueden hacer daño a otras personas mediante el uso de poderes extraordinarios –como lo señala Mair⁸²– constituiría una opinión y, de ahí, una creencia.

En Sabaneta, hay mucho en lo que creer, y la brujería es solo uno de los sistemas de creencias que toman vida en aquellas montañas de la zona rural de El Hatillo. La creencia, o cuando menos el conocimiento de supersticiones como esta, es bien relatada por los propios habitantes, que comentan características que parecen ser incluso propias del pequeño espacio que es Sabaneta.

Que pase por sal

Sobre el techo de zinc de su casa, Teodora las escucha, revoloteando, inquietas en las noches. Ella las ha sentido y las sigue sintiendo, de vez en cuando. Hasta sus dos hijos ya adultos han oído a las brujas por las madrugadas, dice ella. Ninguno les teme. Esta familia, los

⁸²*Ibidem.* p. 7.

Bersegúa, ya está acostumbrada a ellas y cuentan sus historias con propiedad.

“El esposo de mi mamá tumbó a una bruja –continúa comentando la sabaneteña–. Él la tumbó con una cruz de caña amarga. Esa se pone en el techo de la casa y las brujas caen derechitas. Cuando caen, tú le dices: ‘pasa por sal’. Y al siguiente día pasan buscando la sal. Allí es cuando tú sabes quién es ella, en su forma humana”.

La creencia de que los practicantes de la brujería que vuelan –por lo general mujeres– pasarán pidiendo sal al día siguiente no es exclusiva de los sabaneteños. El folklorista Fernando Madriz Galindo señala que en la sub-región mirandina de Barlovento también se suele gritar a la bruja que se viera volando “Vuelve mañana por sal”, para descubrir su identidad⁸³.

“Por eso a mí me puede faltar todo en la casa, menos la sal –asevera Teodora–. Ellas tienen sus días, no pasan todos los días. Esa que pasaba por aquí pasaba los martes”.

Si bien en otros lugares donde también existen historias de brujas, se llega a creer que estos seres tendrían la capacidad de tomar múltiples

⁸³ F. Bigott. *Op. cit.* p. 15.

formas, en Sabaneta, la tradición oral señala que las brujas solo se convertirían en zamuros que vuelan en las noches.

Por otro lado, otros habitantes de Sabaneta, como Carlos Acosta – agricultor, músico y curandero sabaneteño–, señalan que las brujas deben realizar un ritual para transformarse. Según cuenta Acosta, para cambiar de forma las brujas se acuestan boca arriba completamente desnudas. De esa manera permiten a su alma salir del cuerpo humano para convertirse en zamuro. Pero no todos los casos han sido exitosos.

“Las brujas se acuestan en un sitio privado, sin nada de ropa, boca arriba. Pero, si mientras no están en el cuerpo, alguien llega y las voltea, cuando el alma viene de regreso, no puede entrar, y la persona muere – explica el curandero–. Aquí ya se han encontrado dos mujeres muertas desnudas y boca abajo. Cuando se ven estos casos lo que la gente dice es: ‘No, es que esta era bruja y por eso la consiguieron así’”.

Por su parte, Teodora aclara que la creencia en Sabaneta es que solo las mujeres tendrían la capacidad de transformarse, ningún brujo hombre podría hacerlo.

La tradición oral universal recoge también creencias similares relacionadas con desigualdades de género. El historiador francés Jules

Michelet señala que desde hace mucho tiempo se ha creído que son más los casos de brujas que de brujos, especialmente en las zonas campesinas. Basado en la historia Europea, el autor escribe: “Por un solo brujo, hay diez mil brujas”⁸⁴, y asegura que ello se debe a dos razones. La primera es que las mujeres son más sensibles a las distintas influencias sensoriales y materiales, y la segunda razón es que, en los hogares campesinos, la mujer es –o supone el autor que era– infinitamente más desdichada que el hombre.

“A mi papá lo volvieron loco, por ejemplo –comenta con seriedad Teodora–. Es que a los hombres los vuelven locos con cualquier cosa: una bebida o le montan un trabajo. Y así hacen con cualquier persona que les caiga mal”.

En el lenguaje venezolano, se conoce como “trabajo” al rito que se realiza para causar daño a otro individuo mediante actividades de brujería⁸⁵. “El ‘daño’, es decir, el mal causado, es el resultado del ‘trabajo’ del brujo o del objeto mágico ‘cargado’ para tal fin”, especifica Ascencio⁸⁶.

⁸⁴ Jules Michelet. Cit. por Jean Palou. *La brujería*. Barcelona. Edit. Oikos-Tau, 1973. p. 18.

⁸⁵ M. Ascencio. *Op. cit.* p. 16.

⁸⁶ *Idem.*

A todas estas cabe resaltar que no toda magia sería maligna. En su obra *Mito y culto entre pueblos primitivos*⁸⁷, el etnólogo alemán Adolf Jensen señala que en la literatura etnológica tiende a distinguirse entre magia blanca y magia negra. Así, el que una práctica pertenezca a una categoría o a otra dependerá básicamente de si los actos mágicos se efectúan para bien o para mal de las personas, explica.

“Existen muchas cosas, mucha maldad –insiste Teodora–. Por ejemplo, vamos a poner que una muchacha se case y le vaya bien en su matrimonio. Por envidia, pueden fregarla. Nada más por eso le echan la brujería”.

En el lenguaje de los antropólogos, comenta la británica Lucy Mair, la magia que busca hacer el mal es llamada comúnmente hechicería. Según explica la autora, el problema no sería la magia, sino que ésta ha sido utilizada para satisfacer la malevolencia existente en los seres humanos⁸⁸.

“Dentro las creencias populares, no solo de Venezuela y de Latinoamérica, sino de buena parte del mundo mágico-religioso occidental, la envidia no se considera un ‘pecado capital’ –sentencia Ascencio–, sino una

⁸⁷ Adolf. E. Jensen. *Mito y culto entre pueblos primitivos*. México, Edit. Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 279.

⁸⁸ L. Mair. *Op. cit.* p. 13-15.

fuerza poderosa, tan poderosa que es capaz de dañar a las personas o a los objetos envidiados”⁸⁹.

Otros habitantes de Sabaneta saben un poco menos que Teodora del tema. Sin embargo, conocen las historias y tienen sus propias opiniones sobre la brujería en la zona.

Miriam Melo, una sabaneteña vecina del sector Papelón, asegura que los brujos sí existen y se ha cansado de verlos rondar por la montaña donde queda su casa.

“Los brujos se reúnen en zonas montañosas como estas, con otros grupos –asegura Melo–. Es que eso existe. ¡Eso es tan real! Yo les puedo decir que aquí en Sabaneta, allí abajo de donde yo vivo, se reúnen. Tú puedes agarrar y sentarte aquí a las 12 de la noche y oír cosas, risas, y todo el mundo está durmiendo con las luces apagadas. Y eso no es solo en esta montaña”.

Toda la familia de Miriam es de la zona. Al igual que sus 12 hermanos, ella nació y se crió en Sabaneta. Hoy es vocera del Consejo Comunal de Sabaneta El Cañaverl. Considera que la cantidad de historias mágicas de la

⁸⁹ M. Ascencio. *Op. cit.* p. 23.

zona que ha llegado a oír, ver y, en algunos casos, protagonizar, le han dado la temeridad necesaria para pronunciarse sobre el problema que supone para su comunidad la práctica de la brujería.

“Lo brujos han sacrificado niños en todo el mundo, les sacan el corazón. ¡Esta gente hace pactos con el enemigo! –se sobresalta al hablar–. Yo digo que yo no hago pacto con el diablo porque él no tiene nada que darme”.

No obstante, afirma la vecina que las personas que practicarían la brujería en la zona de Sabaneta no serían pocas. Melo forma parte de la Iglesia Evangélica Comunidad Cristiana para la Familia, una de las dos iglesias de este tipo que existen en Sabaneta, y por su experiencia señala que, de hecho, la cantidad de brujos y brujas en la zona ha aumentado en los últimos años.

A pesar de lo anterior, en Sabaneta existe también el otro lado de la moneda. Como sucede en otras zonas rurales, el tema de la brujería en estos espacios se divide en dos tipos de personas: las que tienen –o presumen tener– poderes para hacer daño, o bien aquellas que tienen –o dicen tener– el poder para curar. Estos últimos serían quienes atajarían los

males, frutos de la hechicería; los que atenderían a quienes Ascencio señala como los desafortunados, que se verían orillados a poner en marcha ritos (despojos, limpiezas y ensalmes) para anular o contrarrestar la mala suerte⁹⁰.

“Al hijo mío hace tiempo le pusieron una puntá ‘e cabeza (dolor de cabeza) –recuerda Teodora–. A mí se me salían las lágrimas cada vez que yo miraba a ese muchacho mío que estaba tan malo. Fuimos con un brujo para que lo ensalmara. Gracias a eso se le quitó el dolor. Si no, ya mi muchacho fuera difunto”.

Los brujos buenos deshacen los daños ocasionados por los malos, convierten a los perseguidos (víctimas de la magia negra) en perseguidores (accionadores de ‘contras’ que contrarrestan el mal enviado), explica la etnóloga Ascencio.⁹¹ Teodora lo reconoce y considera a estos practicantes de la magia como aliados de la comunidad.

“Claro que hay brujos buenos”, confirma la sabaneteña, mientras se levanta y se acerca a la puerta de su casa.

Desde el pequeño porche se ve el patio, un terreno sin cercas ni muros, casi del mismo tamaño que la casa de tres habitaciones. Bajo una mata de mango se ven dos caparazones de aires acondicionados viejos y

⁹⁰*Ibidem.* p. 115.

⁹¹*Ibidem.* p. 140.

oxidados. Dentro de uno de ellos hay gallo, y en el otro dice Teodora que hay una gallina. “Los brujos malos son los que te hacen daño. Los buenos son los que te dan el remedio pa’ curarte, eso ellos lo aprenden por libros o por algún familiar que sepa y les enseñe. Algunos los llaman curanderos, los que curan a base de plantas. Siempre han existido”, asegura.

En el huerto está la cura

Cayetano León es un hombre mayor de estatura media y brazos marcados. A sus 62 años, aún luce fuerte. Tiene una piel tostada que hace contraste con el característico bigote tupido y ya gris. Es agricultor, y en su huerto –que queda a unos pocos metros colina abajo de su casa en Las Lomas de Sabaneta– tiene sembradas lo que parecen infinitas plantas.

No las sembró por cualquier razón. Él sabe para qué es buena cada una, y junto a su sembradío de frutas y verduras creó también su propio boticario. En Las Lomas, y buena parte de Sabaneta, si algún vecino suyo siente malestar o padece alguna enfermedad, lo primero que hace es ir a buscarlo. Él tiene los remedios naturales para sanarlo todo, o al menos eso se dice en la zona.

“El portugués de aquí tenía una erisipela (enrojecimiento de la piel) muy grave –cuenta Cayetano–. Él había ido a bastantes médicos, pero ninguno llegó a curarlo. Entonces, él vino para acá y yo lo curé”.

Cayetano es curandero, y con la planta correcta ha llegado a curar enfermedades tan extrañas que hasta los médicos, dice él mismo, no le encuentran explicación.

Su hijo José confirma que no serían para nada pocas las personas que cada semana tocan la puerta de la familia León en busca de un remedio o una curación. “Para acá vienen a curarse la culebrilla y un montón de cosas. Mi papá los ayuda”, señala.

Al recorrer la fila de Sabaneta, un Centro de Diagnóstico Integral (CDI), seguido por el centro de atención Barrio Adentro y dispensario del sector, es todo lo que el transeúnte puede encontrar en la búsqueda de instituciones de salud. Según confirman voceros del Consejo Comunal de Papelón, ninguno de los dos funciona. Los habitantes del sector solo cuentan con un Barrio Adentro en el caserío cercano de Gavilán, que no está disponible las 24 horas. Por ello, la atención sin horarios ni condición que prestan curanderos como Cayetano a la comunidad sería reconocida positivamente por la mayoría de los habitantes del sector.

El diccionario de la Real Academia Española (RAE) define al curandero como: “persona que, sin ser médico, ejerce prácticas curativas empíricas o rituales”⁹². Ahora bien, el curanderismo de Cayetano León es diferente. Aunque lo conocen por sus capacidades de curación, a diferencia de los curanderos comunes, él no reza para sanar. Su fuerte y todo su poder estaría, en cambio, en las plantas que usa, asegura.

“Hay gente que la reza, pero terminan siendo los remedios los que curan los males y dolencias –asevera Cayetano–. Las plantas son las mejores. Aunque el rezo sí resulta para las mordeduras de culebras”.

A él mismo le habrían mordido ya dos serpientes, cuenta, por lo que ha debido acudir a otros colegas, que sí emplean los rezos, para sanarse.

En el sector, de hecho, se oye hablar de varios especialistas empíricos de las plantas, que además suman los rezos y los rituales a su práctica medicinal. Ese sería el caso de Carlos Acosta, otro curandero reconocido en Sabaneta.

“Para la fiebre, el orégano –recomienda Acosta, mientras toca la hoja de la planta, que está en los materos de la casa que cuida en el sector Papelón, de Sabaneta–. Para la gripe hay muchas clases de remedios, como

⁹² Real Academia Española, RAE. *Diccionario de la lengua española*. Diccionario en línea consultado el 22 de febrero de 2016, disponible en: <http://dle.rae.es/?id=BiTIR4h>

el limoncillo. También hay un té que se hace con cogollo de naranja, canela, limón exprimido, y eso es lo mejor que hay pa'l resfriado. Es mejor que lo que llaman Vitapyrena. La cosa es que ya ni medicina se consigue, entonces es mejor hacerlas en casa”.

Además de saber sobre plantas, Acosta es agricultor y cantante de música criolla. En la escena musical, le conocen como “El hijo del cazador”. Pero cuando no está sobre una tarima, cuida su rebaño de 14 ovejas en la montaña, o está en la parcela que habita y cuida desde hace años, regando los materos de las hierbas que usa para ensalmar y curar. En ese terreno se ha dedicado a sembrar orégano orejón, té blanco, albahaca, malojillo, entre muchas otras plantas.

Sus vecinos, como los de Cayetano, siempre pasan por su casa a pedir que les recomiende una matica. “Hay personas que vienen porque se sienten muy mal. De repente, es por alguna broma que le echaron. Uno lo ensalma, y luego se sienten mejor”, comenta.

Por lo general, quienes lo visitan para estos fines lo conocen desde hace años. Carlos nació y creció en Sabaneta, y lleva sus 50 años de vida siendo parte de la comunidad. Sus vecinos acuden a él por muchas razones pues, según comenta, no solo atiende enfermedades, sino también otros

males, producto de ritos de brujería y otras actividades malintencionadas. “Lo que aprendí lo hice gracias a mi viejo”, afirma.

La culebrilla, señala, sería uno de los males que más ha curado en Sabaneta. En la medicina tradicional esta dolencia se conoce como herpes zóster⁹³ y su tratamiento remitiría al medicamento Aciclovir⁹⁴. Pero Acosta tiene otro remedio para eso:

“Aquí utilizamos medicina natural para curar la culebrilla. Hasta médicos han mandado a personas para acá porque no saben cómo tratar esa enfermedad, que es como un sarpullido que da. Se dice que si se juntan las dos cabezas (de la culebra), muere la persona. Pero eso aquí lo curamos con monte –remite con confianza–. Yo por lo menos uso tres plantas para tratarla: la hierba mora; el tomate, que por aquí le decimos el tomatico cagón o el silvestre; y la árnica, bien machacada con bastante sal y aceite. Se hace una pomada, se reza y listo”.

En teoría, tanto Cayetano como Carlos, por las actividades que desarrollan en torno a la curación, coinciden con la definición de “médicos-brujos” que ofrece la antropóloga Lucy Mair en su libro sobre la *Brujería en*

⁹³ CDC. La Culebrilla. 2015, en línea.

⁹⁴ V. Biblioteca Nacional de Medicina de los Estados Unidos. 2015, sitio web oficial.

*pueblos primitivos*⁹⁵. Allí la autora sostiene que quienes enfrentan y buscan revertir los males de la brujería deben entenderse mejor como: “Combatientes contra los males ocasionados por los brujos y los demonios sobre las almas y la propiedad humana”⁹⁶, aunque ello deje a un lado rol del “médico” real que le imprime a ellos la comunidad.

De hecho, destaca Mair que en comunidades africanas de larga data como los zulúes –icónico grupo étnico africano–, separar al curandero de la identidad de médico no es sencillo, pues la confianza que las comunidades primitivas tienen desde siglos pasados en sus médicos-brujos sería similar a la que la sociedad moderna tiene en sus médicos científicos.

“Un médico, se piensa popularmente en África como en cualquier otra parte, es una persona en la que se confía en los momentos difíciles –explica la autora, citando al escritor misionero A. T. Byrant, y continúa–: y en África, una de las dificultades puede consistir en estar embrujado”⁹⁷.

En la zona rural de El Hatillo, a los “médicos-brujos” se les conoce como “curanderos” o “brujos buenos”. Pero el cambio de término no parece restar a la definición que refiere arriba Mair. Los curanderos son los sustitutos

⁹⁵ Véase L. Mair. *Op. cit.*

⁹⁶ L. Mair. *Op. cit.* p. 77.

⁹⁷ A. T. Byrant. *Cit. por. Idem.*

de los médicos en el imaginario de los sabaneteños, además son sus aliados mágicos.

“Si hay un niño enfermo, siempre están tocándome la puerta, llamándome: ‘Tengo al niño con fiebre’. Y yo les digo que me lo traigan, para revisarlo. A veces, puede que las personas se sientan mal por alguna broma que le echaron, y uno los atiende. Como dice el dicho: ‘No hay que creer mucho en las brujas, pero de que vuelan, vuelan’”, afirma sonriendo el curandero Acosta.

Es decir, ya sea que los vecinos de Sabaneta busquen contrarrestar el acto malévolo de un brujo, o solo curar una dolencia, la primera parada que hagan al buscar atención y ayuda será en casa del brujo bueno, el curandero de confianza.

Ahora bien, para realizar los rituales de curación, cada médico-brujo en Sabaneta tendría sus propias herramientas. Los rezos y las plantas suelen ser la regla, pero también pueden haber elementos extras. Para cualquier ensalme, además de las oraciones⁹⁸ y las matas, Acosta lleva su

⁹⁸ El filósofo e historiador de las religiones rumano Mircea Eliade, explica en su libro *Tratado de historia de las religiones* que, para los antiguos, las hierbas medicinales debían sus virtudes curativas al hecho de que habían sido descubiertas por primera vez por los dioses. Mientras que, para los cristianos, las hierbas medicinales debían su eficacia al hecho de

Cruz de Caravaca. La cruz es pequeña, le cubre solo media palma de su mano; y tiene dos líneas rectas horizontales en lugar de una. Se ve gastada, pero su color bronce aún brilla un poco.

“Esta cruz es mía mía, personal –dice Carlos Acosta– Me la dio mi viejo”.

Precisamente, supersticiones como la cruz doble o la Cruz de Caravaca, se han registrado entre los campesinos descendientes de canarios fundadores del municipio El Hatillo, al que pertenece Sabaneta. Ellos la usaban como amuleto para proteger las casas y los pueblos de la presencia del Maligno⁹⁹. Ese mismo uso también se lo da Acosta, quien afirma: “Yo siempre cargo mi cruz en la cartera, como protección, porque uno nunca sabe”.

El uso de estas oraciones –por lo general de carácter religioso– y de elementos materiales en los rituales de ensalme y otras curaciones acercan un poco la labor del curandero a lo que la comunidad identificaría como uso de la magia.

haber sido encontradas por primera vez en el monte del Calvario. (Mircea Eliade. *Tratado de historia de las religiones*. México, Edit. Biblioteca Era, 1966. p. 272). Ello podría explicar la utilización de oraciones cristianas como “El Credo” en los rituales de curación realizados en Sabaneta por curanderos.

⁹⁹ F. Bigott. *Op. cit.* p. 16.

“Para una persona que uno vea que lo que tiene es malo, que tiene un mal de ojo o algo así, para eso sí se usa agua bendita”, describe Acosta. Según afirma, por el número de personas que él ha atendido en Sabaneta, el mal de ojo se encontraría más en niños que en personas adultas, y podría identificarse en los infantes con mayor facilidad porque sus síntomas son notorios: ellos lloran incesantemente y presentan una fiebre difícil de calmar.

“También tienden a ensuciar el pañal con mucho verdecito –añade Carlos—. Todo eso quiere decir que le echaron mal de ojo. Entonces, cuando los ensalmas, se sienten bien”.

Por librarlos de esos males, Acosta afirma no cobrar nada. Sus servicios son gratuitos. “A mí más de una persona me ha preguntado: ‘¿cuánto cobras por el ensalme?’. Y yo respondo que no. Es que ¿cuándo se vio a Jesús, que despertó a tanta gente y a tantos muertos, cobrando algo? Eso es un pecado cobrar. No se puede. Eso no va conmigo”, sostiene.

Por esta misma razón, tanto Carlos como Teodora, la conocedora de cuentos de brujas, resaltan en que entre los sabaneteños existe el dicho sobre brujería que afirma: “el que cobra, no cura”.

Cayetano coincide con ellos. Sus servicios son gratuitos para la comunidad. “Una ayuda no se le niega a nadie. Más si la gente llega

sintiéndose tan mal. Porque para que salgan de sus casas a buscar ayuda, tiene que ser que se siente bien malos”, justifica.

Caminando por su huerto, Cayetano recoge las maticas que más usa en casa. Con la mano, toma poco de toronjil, que sirve para prevenir los dolores de barriga. Cuando acerca las hojitas a la nariz, el aroma cítrico y mentolado opaca al resto de los olores del lugar.

–Guárdense un poco. Tomen, lleven –dice con entusiasmo.

–Gracias, señor Cayetano.

–Eso es buenísimo –enfatisa–. Ahorita les doy también unos aguacaticos que tengo en la casa pa’ que se los coman a la noche. Están maduritos.

En las casas de Cayetano y de Carlos rebosa la hospitalidad a la hora de recibir a quienes necesiten de su ayuda, sus remedios o su atención. Para los sabaneteños que creen en embrujos y hechizos, los médicos-brujos son sus aliados; para los que padecen alguna enfermedad, también. En Sabaneta, los curanderos ofrecen sus servicios sin salir de casa, porque con sus maticas y algunos rezos, la curación, a fin de cuentas, está en el huerto.

Encantado de conocerte

TAC, TAC, TAC, suena en la corteza de un árbol muy alto que está al lado de un pequeño pozo de agua. Una niña morena de piel tersa y mejillas pecosas está en cuclillas, concentrada buscando peces dentro del agua. Se voltea para identificar la fuente del sonido, pero no tiene éxito. Desiste y vuelve a mirar fijamente el agua cristalina, calmada, sin ondas y ni rastro de peces.

“¿Dónde fueron las sardinas?”, se pregunta, aún en cuclillas, apoyada con una mano en la roca grande de la derecha, mientras estira el cuello para asomarse más hacia el centro de la cuenca de piedra.

Tiene dos grillos muertos en la mano, otro ya está flotando en el agua. En otras oportunidades esa había sido la carnada perfecta para pescar las sardinas de este pozuelo, que a mucho medirá dos metros. Algo le había dicho ese día que no saliera a pescar. Pero el antojo pudo más. Ella cazaba los grillos para poder atraer a las sardinas de la quebrada. Junto a sus 12 hermanos solían sacarles las “tripitas” a los pescados y asarlos sobre un improvisado fuego de leña, a orillas del mismo manantial.

TAC, TAC, TAC, vuelve a escuchar. Más duro. La niña se voltea de nuevo, esta vez con algo más de escepticismo. Aún no logra ver a nadie, así que regresa a su faena.

TAC, TAC, TAC. Lo ignora. Sigue viendo el agua en busca de peces, cuando de repente visualiza algo diferente en el cercano fondo. Una bancada de sardinas negritas, casi tan grande como el mismo pozo, parece acercarse a la superficie. La cantidad es intimidante y se acercan rápido, casi como si escaparan.

“Eran muchas –recuerda Miriam Melo, la niña, y hoy mujer de 55 años de edad–. Yo pensé, mira, paticas pa’ qué te tengo. Me fui corriendo porque, si no, a mí ese espíritu me hubiera ahogado en el agua”.

Esa fue la experiencia de Miriam, tercera de su grupo de 13 hermanos. Ya en la adultez, asegura que siempre recordará su encuentro con ese espíritu encantado, guardián del agua de la quebrada que surtía a su familia y vecinos cuando estaba pequeña.

La leyenda de los Encantados, o espíritus del agua, supone la existencia de seres intangibles que tendrían como tarea oxigenar el agua de las quebradas y manantiales, según describe Melo. Además, ellos mismos serían los responsables de hacer fluir el líquido en la superficie.

Los Encantados son una de las muchas creencias que duermen bajo la cobija del imaginario sabaneteño y mirandino. Al respecto, dice el ensayista Fernando Madriz Galindo¹⁰⁰ que: “En épocas anteriores, fue Barlovento un centro privilegiado de gentiles o encantos, que todavía existen”. De hecho, comenta que durante los días jueves y viernes de la Semana Santa, muchas personas de la zona aún se cohíben de bañarse en aguas de quebradas o ríos por la creencia de que se corre el peligro de convertirse en pescados o en encantos¹⁰¹. En el estado, varias aguas tendrían esta fama¹⁰².

En el caso de Miriam Melo, la sabaneteña, continúa: “Todo empezó porque nosotros, mis hermanos y yo, solíamos usar ese pozuelo para bañarnos y jugar. Era uno de los varios que quedaban cerca de la casa y en los cuales caía el agua de la quebrada. A una vecina nuestra le molestó que jugáramos allí y empezó a pelear por el agua”.

Según Miriam, la creencia dice que cuando las personas comienzan a pelear por el agua, el espíritu de ese lugar se molesta y se muda, y se lleva consigo el agua superficial. “Para mí, es real que existen los Encantados de

¹⁰⁰Fernando Madriz Galindo, *El folklore de Barlovento*. Cit. por Fundación Bigott, *op. cit.* p.3.

¹⁰¹*Ídem*.

¹⁰²Señala Madriz Galindo en *Ídem*, que en la región mirandina existen algunas porciones de agua que antes se conocían como encantamientos. Esto son: la laguna de Breque, de Campo, de la Reina y de la Loma del Viento.

las quebradas, de las aguas; los espíritus del agua. Sí existen, en todo manantial que fluye. Tú lo puedes llamar un espíritu del agua o un ángel del agua, como tú quieras. El día que ellos deciden de irse, el agua se va subterránea, ya no fluye más por ahí”, asegura.

Pero, aunque en principio no se trataría de espíritus “malos”, sí serían delicados y ameritarían respeto, explica Melo, pues las consecuencias de no responder a sus advertencias podrían ser severas y hasta fatales.

“Esa vez el espíritu se enojó, porque yo no hice caso cuando me llamó la atención para que me fuera. Lo desobedecí. Ya mi subconsciente me lo estaba advirtiendo y no hice caso. Estaban otros tres pozos más arriba y lo que pasaba era que los cuatro, incluyendo al pozuelo aquél, se iban a secar. El espíritu se iba a mudar –enfatisa–. Lo más seguro es que cuando yo estaba ahí buscando sardinas iba a haber mudanza de animales o algo iba a pasar ahí que yo no debía ver”.

Después de que salió corriendo –continúa contando–, se encontró a una culebra enorme que también venía bajando del lugar. “Yo jamás había visto culebra tan grande como esa. Por donde ella pasaba, *escachapaba* el monte –dice mientras junta las palmas de sus manos lentamente varias veces para simular el sonido–. Todos se iban. Ahí como que solo estaba yo”.

La razón de ser de estos espíritus residiría en la propia naturaleza. La sabaneteña señala que las aguas estancadas no tienen vida, por lo que Dios debió crear seres mágicos que se encargaran de hacer que siguieran fluyendo.

“Al siguiente día, cuando fui al otro pozo, al que todos solíamos ir para agarrar agua, que no era el mismo pocito de donde me salieron todos los pescaditos el día anterior, me di cuenta que ya no tenía agua –dice Melo–. Hasta la piedra de donde ésta solía chorrear se había caído dentro del agujero y lo había cubierto casi completamente. No había corrido agua la noche anterior, no había crecido la quebrada ni nada. No iba a pasar más agua por ahí”.

Después de esto, todos los vecinos y familiares de Melo habrían quedado agarrando agua de un pozuelo muy muy pequeño, que les quedaba más lejos que los otros que antes usaban para surtirse. Y hasta ese nuevo pozo habría estado desgastado por los bordes, cuenta ella. Todo parecía hacerseles más difícil para obtener el agua.

En las zonas rurales, como Sabaneta, es común encontrar historias como la que relata Melo. Asegura el antropólogo Simón Hernández que es de este modo, de boca a oído, como se han propagado las leyendas en las comunidades. El experto explica además que tradiciones orales, como esta,

tienen suma importancia en la construcción del significado que las personas le dan a su realidad.

“Las leyendas son relatos simbólicos, que muchas veces representan arquetipos o historias con un alto significado arraigado en el inconsciente colectivo. En las comunidades rurales se propagan de boca a oído, por medio de lo que se conoce como la tradición oral –señala Hernández y continúa–: Este conocimiento es un tesoro de los ancianos y en épocas antiguas, aquellos que podían memorizar y reproducir estas historias eran considerados personas de alta estima dentro de las familias”.

Los creyentes de estas leyendas, afirma el experto, comparten un fuerte nexo que los une e identifica más como comunidad. “Para las sociedades del medio rural, una leyenda es una fuerza para fomentar vínculos de identidad social y cultural. Los relatos simbólicos son poderosos lazos entre las personas”, explica.

A todas estas, el lado “oscuro” y/o fantástico de las creencias en Sabaneta también tiene sus escépticos. Jhandy Caraballo, vecino de Sabaneta y líder comunitario, por su parte, recomienda no andar creyendo en estas cosas. “Increíblemente, en pleno siglo XXI, la gente sigue creyendo en

brujas y muchas cosas mágicas. Yo no creo en nada de eso, absolutamente, ni lo recomiendo”, dice.

Al término “magia” se le ha dado muchos significados. El antropólogo español Manuel Delgado Ruíz explica en su obra *La magia: La realidad encantada*, que lo mágico es una herramienta de múltiples sentidos en la sociedad moderna¹⁰³. Por ello, con el término “magia” podría calificarse a una multitud de seres, objetos o situaciones que son percibidos, en primera instancia, como maravillosos, fascinantes y especiales. Es decir, no necesariamente toda la magia impresa en las creencias de Sabaneta tendría que relacionarse con algo negativo, desconfiado o aterrador.

De hecho, afirma el mismo antropólogo que esa tendencia a dar un carácter peyorativo a las creencias o prácticas mágicas (como los Encantados, o los médicos-brujos) vendría dada por las religiones institucionalizadas. Éstas se sentirían de alguna forma amenazadas por las creencias con las se enfrentan, en medio de su expansión institucional, o en todo caso buscarían disminuir la aceptación que puedan tener las creencias que se apartan del dogma oficial que estas instituciones buscan propagar¹⁰⁴.

¹⁰³ Manuel Delgado Ruíz. *La magia: La realidad encantada*. España, Edit. Montesinos, 1992. p. 11.

¹⁰⁴ *Ibidem*. pp. 11-12.

En Sabaneta, además de considerarse una creencia, la magia forma también parte de la literatura oral, lugar al que Ascencio afirma que pertenece, junto a la brujería. “La magia y la brujería pertenecen al universo oral de la vida de las personas, y en ese universo, la certeza de la existencia de la magia es innegable: la magia no se cuestiona”¹⁰⁵, dice. Eso podría deberse, según lo que afirma la investigadora de la UCV, Pilar Almoina, a un componente inherente a la literatura oral: la tradición, entendida como aquello que es compartido, aceptado y mantenido por una colectividad¹⁰⁶. “La literatura oral pervive a través de las generaciones como un fenómeno de aceptación colectiva”¹⁰⁷, asegura.

No obstante, a Caraballo, por más historias que le cuenten sobre la existencia de la magia, él no las cree y, en su lugar, le busca una explicación lógica a lo que haya ocurrido. Así, explica que muchas de las leyendas que tenían lugar en Sabaneta antes de los años 80, desaparecieron cuando llegó la electricidad a la zona. “Alumbrábamos con velas y los televisores eran de batería. Entonces, imagínate, en todas partes salía un espanto, en todas partes salía un muerto”, recuerda.

¹⁰⁵ M. Ascencio. Op cit. p. 184

¹⁰⁶ Pilar Almoina. *Seminario de literatura oral venezolana*. En Revista de Investigaciones Literarias. Vol 1, N° 13, 2013, p. 152. Consultado el 27 de febrero de 2016 en: http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev_il/article/view/5728/5521

¹⁰⁷ *Ibíd.* p. 156.

Una de esas historias la protagonizó la madre de Jhandy, Emiliana Blanco, quien cuando era joven habría salido de noche a casa de un conocido y contó que vio la silueta de un hombre extraño en la vía, y que éste no se apartaba de su camino.

“Ella nos dijo que el señor se movía y se movía, y no la dejaba pasar – cuenta Jhandy–. Ella decidió devolverse. Cuando fue por la misma ruta el día siguiente, ya con luz del sol, resulta que aquél hombre era en verdad una hoja de cambur. ¿Eso es consecuencia de qué? ¡De la falta de electricidad, de la falta de luz!”.

Además de la luz, Jhandy considera que muchos cuentos serían creados por los propios habitantes de Sabaneta. Ejemplo de ello sería el caso de la aparición La Sayona por la zona.

A pesar de tratarse, en principio, de leyendas nacidas en el llano venezolano, creencias como La Sayona, La Llorona y el Ánima Sola también tienen presencia en Miranda, en la región central de Venezuela. La Sayona, en particular, es una leyenda según la cual una bellísima mujer se manifiesta a los hombres borrachos y ‘abandonahogares’ por parajes nocturnos,

solitarios y oscuros. La creencia popular dice que al besar a esta mujer, el rostro de ella se convertiría en calavera¹⁰⁸.

“Un grupo de muchachos se dieron la tarea una vez, hace como 10 años, de asustar a la gente con unos muñecos –recuerda Caraballo–. Lo que se escuchaba era que se trataba de La Sayona y decían que salía por Castillito. Y La Sayona, y La Sayona, nadie se lo sacaba de la mente. A los seis meses se descubrió que eran unos muchachos que ponían una muñeca en el camino. Así asustaron a media Sabaneta. Pero el miedo llegó a ser tan grande que, bueno pues, la gente no salía de su casa porque estaba saliendo La Sayona”.

Caraballo asegura que estas historias quedaron grabadas en la mente de las personas. “Por ejemplo, hay cuentos que dicen que alguien pasó por un sitio que estaba encantado, y pasó dos horas girando por el mismo sitio sin encontrar la salida. Hay gente que echó esos cuentos, como protagonista. Pero yo he caminado por todas partes y nunca me ha pasado eso –dice y hace una mueca ajena–. Lo que quiero decir es que todavía aquí la gente cree en esas cosas. Creo que pasarán muchos años para que la gente deje de creer en eso. Pero todavía aquí, tal cual como si fuera el llano, la gente cree en esas cosas”.

¹⁰⁸ F. Bigott. *Op. cit.* pp. 16-17.

Según lo que explica el antropólogo Simón Hernández, las creencias religiosas y espirituales suelen tener mayor parte en la vida cotidiana de quienes habitan en áreas rurales, frente a las que habitan en zonas urbanizadas.

“Los Encantados existen. Lo sé porque yo lo viví. Y así como existen esos seres de luz, existen muchos otros que en este momento están a nuestro alrededor”, dice Miriam Melo y dirige su mirada al aire sobre su cabeza. Su mirada es esperanzadora. “Tenemos que saber que Dios ha dispuesto 20.000 ángeles para cuidarnos a cada uno de nosotros”, señala con voz dulce. Después vuelve la mirada y recuerda: “Tenemos que creer”. Entre sus mejillas mulatas, rellenas y aún pecosas se dibuja una sonrisa tranquila y amplia.

La cruz en la colina

Nueve angelitos, con alas blancas y erguidas, forradas de papel crepé blanco, caminan alrededor del rudimentario altar y forman un círculo. Son niños y niñas de entre cinco y ocho años de edad, a lo sumo. Todos llevan túnicas de satén en colores pasteles: azul, blanco o rosado. La brisa sopla fuerte sobre la pequeña colina de Jacobo, en Sabaneta, mientras que el sol

hace arrugar la cara a los cerca de 50 asistentes (entre adultos, ancianos y niños) que acudieron a celebrar la centenaria tradición de la zona. Todos los ahí presentes miran a los niños y, más allá, dentro del círculo, miran a la Cruz.

Los venezolanos son personas creyentes, lo asegura la etnóloga Michaelle Ascencio¹⁰⁹, creen en deidades, en espíritus. Su devoción mágico-religiosa sería amplia, explica la experta. Entre esas creencias y esas veneraciones espirituales se hallan sin duda las cruces.

De hecho, una de las tradiciones religiosas y populares más conocidas en el país es la celebración de la Cruz de Mayo. En la población mirandina, esta práctica también está fuertemente arraigada, y esto no solo es evidente mediante el característico velorio, donde rezan décimas, visten a la cruz con papeles de colores y la acompañan de imágenes religiosas. Además de eso, en comunidades como Barlovento se trata de una celebración que, si bien empieza el día 3 de mayo, se prolonga hasta el día 31 del mismo mes –e incluso, en ocasiones, personas que no pudieron hacer su primer velorio en mayo, lo hacen el primer sábado de junio–.¹¹⁰

¹⁰⁹ M. Ascencio. *Op. cit.* p. 30.

¹¹⁰ F. Bigott. *Op. cit.* p. 23.

Pero en Sabaneta, además de la de Mayo, el domingo de la primera semana del quinto mes del año celebran también otra cruz. Una cruz más icónica para los habitantes de este apartado sector del estado Miranda, una más autóctona: la Cruz de Jacobo.

Hace mucho sol en la colina de Jacobo, sector perteneciente a Sabaneta. Alcira es una mujer delgada de no más de un metro sesenta de estatura. La mayor parte de su cabello crespo es de color dorado pintado, solo las raíces son algo castañas. Lleva puesta su *chemisse* fucsia que contrasta con su tono de piel marrón tostado. En la parte trasera de su franela se lee bordado: “Fundación Cultural Cruz Misionera de Jacobo”. Entrecierra sus ojos y hace visera con su mano derecha. Su rostro muestra alegría y un poco de preocupación. Ella está vigilando que todo salga bien este domingo.

Alcira Vargas, de 50 años de edad, es la organizadora de la celebración de la Cruz de Jacobo. Heredó la responsabilidad de su madre, quien murió hace 12 años. Según cuenta, aunque la cruz como tal pertenece a la comunidad de Jacobo, desde los inicios de la tradición, habría sido su familia la encargada de organizar sus velorios y rezos; así mismo, de vestirla, recoger los fondos, coordinar homenajes y preparar el sancocho que sigue a

la veneración. Junto con su madre, antes lo llevó también su padre, Crisanto Vargas y antes de él, sus padres y abuelos.

Según cuentan Alcira y Monseñor Rafael Febres Cordero, párroco que atiende a Sabaneta entre otras comunidades de la zona rural del municipio, la Cruz de Jacobo tendría entre 150 y 200 años de historia en la zona, aunque admiten no tener certeza de las fechas.

“La Cruz tiene 200 años –afirma Alcira–. Pero yo he estado buscando desde cuándo queda registro de su veneración, y solo he encontrado que desde 1922. Sin embargo, la devoción a ella tiene mucho más tiempo”.

Comenta la organizadora que hoy día siente mucho orgullo y satisfacción por el rol que le tocó. “Porque imagínate tú mi emoción cuando yo pienso que mi tática abuela venía desde Turgua para acá a celebrar la cruz, y de las quebradas traían agua en tapara, traían flores de trinitaria y hojas de palma para vestir a la cruz –dice con un tono de emoción en su voz–. Además, desde que yo tengo uso de razón me veo en fotos (celebrando el evento) siendo niña. Esto es algo bastante arraigado en la comunidad y en nuestra familia”.

Crisanto Vargas, el padre de Alcira, está sentado en una de las sillas de plástico que dispusieron debajo de un toldo rojo al rincón del terreno

destechado donde tiene lugar la ceremonia. Lleva una *chemisse* como la de su hija Alcira, solo que de color azul rey, y un sombrero de vaquero *beige* que deja ver sus patillas, blancas como tisa. Junto a él está sentada su hermana, Juana Rodríguez y, al otro extremo, su hija mayor, Marta.

“Yo ayudé a armar el velorio desde que tenía como 15 años –dice Crisanto, de 83 años de edad–. Cuando cada uno va terminando, otro va quedando. Ya yo soy el último. Bueno, el último por los momentos. Porque los demás (que quedan) fijate que son como ocho”.

Si bien comenzó a ayudar cuando era adolescente, Crisanto recuerda asistir a los velorios desde que era mucho menor. Su hermana Juana complementa diciendo que, en principio, la tradición nació de la devoción de la gente de la zona y nada más.

“La gente estaba mucho en estos sitios porque, como no había iglesia, ni misa, ni nada, entonces inventaron de poner las cruces para la bendición de los novios, los rosarios. Invitaban a los padres (curas) de los pueblos. Ellos venían y hacían las misas. Por eso es que todavía hay cruces por ahí”, cuenta la sabaneteña.

En efecto, al igual que la Cruz de Jacobo, otras cruces también se celebrarían en otros sectores de la zona rural de El Hatillo y en parte del valle

mirandino durante el quinto mes del año, además de la conocida Cruz de Mayo.

–Las otras cruces que quedan son esta de acá –dice Crisanto, mientras extiende su brazo para apuntar la montaña a su derecha, después del valle–; aquella de por allá –señala en otra dirección–. Y otra que estaba por allá –y otra dirección–. Queda aquella, esta y otra que hasta al final, en Turgua.

–No, y por Puerta Negra había una también –le corrige Juana, quien pareció entender perfectamente la explicación.

–Sí, pero no la conté porque yo creo que como que la quitaron –le refuta Crisanto.

Según recuerdan Juana y Crisanto, esas cruces vecinas se originaron en la misma época en la que habría sido erigida la de Jacobo. “Lo que pasa es que las cruces son como misioneras –resalta el Crisanto–. Eso se debe a una temporada que hubo acá, donde hubo una matazón”. Su hermana Juana le complementa diciendo: “Como a los cadáveres no los podían enterrar en un cementerio muchas veces, los misioneros ponían la cruz para que la gente viniera a rezar”.

Crisanto cuenta que las batallas entre indios y españoles, que tuvieron lugar en la zona durante la época de colonización, dejaban muchos heridos,

y cuando alguno pasaba por la zona y ya no podía seguir, ahí se quedaba. Con los muertos de los enfrentamientos pasaba lo mismo, a falta de carreteras para transportarlos, eran dejados donde fallecían, afirma Juana. A ella, esta historia se la contó su madre, cuando era niña.

En efecto, la cronista oficial del municipio El Hatillo, María Virginia Valera, corrobora la historia de las batallas. Según relata, en la zona en cuestión había dos tribus de indígenas Mariche, para la época de la colonización. “Una vez que llegan los españoles, empiezan los pleitos por las tierras. Justamente los indios Mariches eran de la etnia Caribe, los más bravos –enfatisa la cronista–. Los más difíciles de colonizar fueron justamente ellos, pues tenían una cantidad de técnicas para evitar que los españoles llegaran a la zona donde ellos tenían sus casas”. Al final, cuenta Valera que los españoles acabaron con todos los indios. “No quedó ninguno para echar el cuento”, señala.

El párroco Febres Cordero considera que hubo tres razones para que las personas pusieran la Cruz en Jacobo: “Primero, fue como una forma de santificar el lugar, de darle cristiandad, un punto cristiano a la zona; segundo, así ponían la cruz sobre esos muertos, que no tuvieron lugar donde ser enterrados; y tercero, esa cruz se hizo famosa porque trajo un lugar de paz. Por eso se celebra”. También añade el cura que desde ese momento los

habitantes habrían tenido el lugar como un sitio de respeto, y eso se habría mantenido en el tiempo.

“De ahí fue que se inventó lo de la cruz misionera”, dice Crisanto y continúa—: Y también por esa cantidad de muertes es que aquí en la zona había bastantes cruces”.

Según recuerdan tanto Crisanto como su hermana, a todas estas cruces les hacen sus velorios, pero en días distintos al de la Cruz de Jacobo. En lugar de la ceremonia diurna que se hace hoy, en Jacobo solía también hacerse una vigilia, pero el tema de la inseguridad habría asustado a más de uno. Por eso los Vargas decidieron programar el rosario de veneración durante el día. Así, además, podrían asistir personas de otras partes y regresar a sus casas temprano.

En sí, aseguran los exorganizadores que la existencia de todas estas otras cruces —cuyas celebraciones son, por lo general, igual de poco conocidas que la de Jacobo—, no ha restado importancia a la celebración de su propia cruz. De hecho, cuenta Alcira que, en años anteriores, a la ceremonia de Sabaneta llegaban devotos del pueblo de El Hatillo, de Baruta, de Ojo de Agua, de Santa Teresa y de Santa Lucía, entre otros. Algunos de los visitantes le rendían homenaje a la cruz con tambores y fulías —como se hace también en otras comunidades del estado para el velorio de la Cruz de

Mayo¹¹¹—. La Fundación Cultural Cruz Misionera de Jacobo, creada por los Vargas, ayudaba a estas personas a conseguir transporte para llegar al sitio y realizar el homenaje. Su cruz era conocida más allá de la zona rural.

Sin embargo, los tiempos han cambiado también para la fundación y hasta para la ceremonia de veneración.

—Lo que pasa es que la mayoría de las personas que estamos acá hoy no vivimos aquí ya —explica Juana, quien al igual que Crisanto se mudó de Sabaneta a Las Minas de Baruta hace unos cuantos años—. Los vecinos que están por aquí cerca, de esas casas por ahí, esos no son vecinos de acá. No tienen la misma devoción a la Cruz como la que tenían los que se mudaron.

—Mas, sin embargo, señora Juanita —le refuta Alcira a su tía—. Hay personas que son de Sabaneta, que viven aquí arriba. Pero son como la nueva descendencia de Sabaneta, y ya la nueva descendencia no cree mucho en los velorios de Cruz. Quedamos prácticamente las personas que todavía creemos en celebrarla y hacerle su fiesta. Las que creen son las que vienen. Así vengán de por allá abajo, vengán de Baruta, vengán de Las Minas.

Pero la merma de asistentes o de comunidad que apoye la preparación de la ceremonia sí ha dificultado el trabajo a la fundación.

¹¹¹*Ibídem.* p. 24.

Explica Alcira que este año son pocos los homenajes especiales que han podido ofrecerse a la cruz, porque no contaron con recursos suficientes.

“Traer a personas que hagan homenajes es complicado porque no hay carro y hay que pagárselos. Aunque han venido de lejos, si no hay para pagar el transporte y ellos vienen de Santa Teresa, de Baruta... ¿Cómo traer a esas personas si no hay recursos? Tenemos que hacer ‘a lo que nos dé’ todos los años”, señala con tristeza y algo de vergüenza en su voz.

Pero en otros años la cosa habría sido diferente. “Cuando nos iniciamos, le hacíamos el rezo a la cruz, luego por ahí más tarde venía el Padre y daba la misa; entonces los grupos que invitábamos rendían el homenaje y después las personas rezaban las décimas a la cruz. Todo bien bonito. Pero este año fue muy difícil todo y quedamos con poquitas cosas”, señala la organizadora.

Según comenta Alcira, por lo general, el aporte económico para la realización del evento suele venir de la propia comunidad. Para esto, desde la fundación pasan unos sobres vacíos a todos los vecinos de la zona. Pero, como los vecinos que hoy habitan allí ya no serían de la generación devota a esta tradición, este año los sobres no volvieron con mucho dinero.

“También hemos pedido recursos (a la Alcaldía del municipio y otras organizaciones), pero realmente no nos ha llegado ninguno, como tal. Así que mayormente hacemos rifas. Nos autogestionamos, pues”, comenta la organizadora.

Lo ángeles avanzan despacio, con sus palmas unidas y posadas sobre el pecho. Miran la cruz y hacen una reverencia. Es el primer domingo de mayo de 2015 y la ceremonia de veneración de la Cruz de Jacobo está por comenzar.

En el altar, que se resume en un cuadrado de asfalto en la cima de la leve colina, está la Cruz. Ahí también hay jarrones de barro, mazorcas, flores frescas y otras hechas con hojas de plátano; hay palmas, lámparas, charrascas y tambores de fulía. Junto a la Cruz se logran ver distintas frutas, un par de maracas y, en la base, tiras de tela en espiral de los mismos colores que hoy revisten a la homenajeadada. Porque la protagonista de todo el cuadro sin duda es ella, la vistosa cruz de dos metros de alto, abrazada por tiras de colores vivos: verde, fucsia y azul.

Por su edad, la estructura de la gran cruz está reforzada por unos paralelos de hierro. Pero, en esencia, ella es de madera, como considera el

filósofo e historiador de las religiones rumano Mircea Eliade que deberían ser las cruces, por su simbología cristiana¹¹².

Además de todos los objetos y ofrendas, junto a la Cruz también están otras cuatro cruces más pequeñas. Están envueltas con papel crepé de colores también vivos: verde, amarillo, fucsia. Unas llevan pegados pétalos de las mismas flores que se ofrecen a la cruz mayor. La más alta medirá tal vez 40 centímetros de altura. Los creyentes las adornan en sus casas y las traen para que también formen parte del rezo y decoren la cruz principal, la grande. Al final, éstas más pequeñas vuelven con ellos a sus casas, colmadas de bendiciones.

Los rezos en honor de la Cruz grande ya terminaron y los cánticos empiezan:

Y ahí estás en tu santuario.

Y ahí estás en un trozo de pan y un poco de vino.

Es tu cuerpo y tu sangre.

Morando en el santuario.

¹¹² Eliade sostiene que la cruz original fue hecha del árbol de la vida que estaba plantado en el Paraíso, por eso en la iconografía cristiana la cruz es representada a menudo como un árbol de vida. Véase M. Eliade. *Op. Cit.* p. 267.

La voz cantante la lleva Marta Vargas, la hermana mayor de Alcira. Al llegar, Febres Cordero dice algunas oraciones, el público responde a coro y empieza la ceremonia de bendición:

“Derrama tu bendición sobre la cruz vestida de este año 2015 y sobre las diversas cruces que han traído los fieles. Que quienes las han vestido y recen frente a ellas estén libres de mal y peligro, alcancen salud de alma y protección del cuerpo”, dice el párroco.

Los que celebran la Cruz de Mayo en Miranda suelen pedir, en sus oraciones, por la prosperidad de sus cosechas, por la salud de sus enfermos y por alejar las epidemias que puedan azotar a sus zonas. También rezan para protegerse del “Maligno”, o del Diablo¹¹³.

Después de estas palabras, el sacerdote encomienda la celebración a nueve santos y un beato, y cierra la bendición con una referencia a la Divina Trinidad.

Febres Cordero tiene nueve años asistiendo a dar la bendición en la ceremonia de la Cruz de Jacobo. Aunque, como se dijo, él atiende a toda la zona rural, su parroquia principal es la capilla del Carmen, Ermita de la Eucaristía, que se ubica en la propia fila de Sabaneta.

¹¹³ F. Bigott. *Op. cit.* p. 25.

“Aquí se junta la religiosidad con la tradición y la superstición. Aquí hay mucho de superstición. Porque si la gente no le hace la fiesta a la Cruz de Mayo, algo feo creen que les pasa –explica al hablar sobre la celebración de la Cruz de Jacobo–. Además, se junta con historia y cultura. Esto es muy importante”.

Si bien es cierto que la tradición de la Cruz de Jacobo ha permanecido activa por tantos años, el reconocimiento de esta ceremonia única en el país aún no halla lugar en la lista de patrimonios culturales que publica el Instituto de Patrimonio Cultural de Venezuela. En repetidas ocasiones, Alcira habría acudido a dicho organismo para hacer esto posible, hasta que en el año 2015 recibieron al fin los documentos (videos, fotografías y otros soportes) sobre la tradición cultural centenaria de los sabaneteños, que ella ayuda a organizar.

Al terminar la ceremonia, todos los asistentes van colina abajo a la casa de bahareque que la familia Vargas mantiene en su sector natal. Allí los espera un sancocho hecho a leña. Mientras se va acercando la noche, los devotos que trajeron sus cruces a la ceremonia se aproximan al altar, las recogen una a una y hacen una reverencia a la Cruz mayor. Los colores de todas las cruces lucen más opacos sin el resplandeciente sol de la colina.

Cuando ya no queda casi nadie, la Cruz se ve ahí, sola y oscura, endeudada de favores por repartir, llena de alabanzas.

El próximo primer domingo de mayo, seguramente, la Cruz de Jacobo se volverá a vestir de colores para recibir su bendición anual, escuchar oraciones y recibir promesas. Mientras tanto solo queda a los sabaneteños esperar a que esta tradición tan viva y palpable sea reconocida y protegida por alguien más que sus propios devotos.

Epílogo

–No, no, ¡Váyanse de aquí! Aquí no queremos hablar de política –salió altanero cuando escuchó el nombre “Consejo Comunal”.

–Señor Cayetano, no venimos por política. Estamos escribiendo sobre la cultura de Sabaneta y quisiéramos entrevistarlo.

No pareció escucharnos. Los 10 metros de zaguán que separaban la puerta de su casa, en el sector Las Lomas de Sabaneta, de la reja que da a la calle dificultaron la comunicación.

–No, no, váyanse. Tampoco quiero hablar con evangélicos. Van a venir a decirme ustedes quién es Dios, como si yo no supiera quién es Dios. ¡Váyanse! –dijo y entró a la casa sin mirar atrás.

Después de eso salió Isabel, con cara amable, risueña por las rabieta de su esposo. Hacía 36 años que vivían juntos en matrimonio. Hoy día, son sus varios hijos y muchos nietos, y no los bailes de joropo, los que dan alegría a su casa los fines de semana.

Isabel nos hizo pasar a ese lindo porche de muebles gastados pero muy cómodos. El piso estaba tan bien pulido que podía servir de espejo. Nos

dejó entrevistarla y cuando llevábamos apenas cinco minutos de grabación apareció Cayetano. Andaba sin camisa, tal como nos recibió antes.

Comenzó a articular palabra, pero su esposa lo detuvo:

–Cayetano, ellas vienen es a hablar sobre el joropo –se rió. El rostro de su esposo mostró señales de desconcierto, orgullo y algo de vergüenza.

–¡Ah! Bueno... –dijo él, mirándonos con ese mismo rostro, y se metió a la casa, sin decir nada más.

Continuamos la entrevista con Isabel y 13 minutos después volvió Cayetano. Nos ofreció café con leche y se sentó a hablarnos. Pidió disculpas por su reacción anterior y, al finalizar, nos invitó a conocer su nutrido huerto, colina abajo. No se reservó nada. No parecía querer que nos marcháramos. De regreso, nos regaló aguacates y naranjas, y pidió que volviéramos a pasar para llevar caraotas y plátanos. La semana siguiente, Cayetano llamó por teléfono y nos recordó que volviéramos a visitarlo pronto.

Regresamos a Sabaneta el 19 de diciembre. Al pasar frente a la casa de la familia León, vimos a uno de sus hijos. Sus ojos parecían irritados, pero no le prestamos atención. Estaba llegando a casa con su hija, en edad de pañales.

–¿Y tu papá? ¿Está por ahí? –preguntamos al hombre.

–¿Quiénes son ustedes?

–Somos las tesisistas que vinieron a entrevistarle hace unos meses.

–Mi papá falleció hace siete días hoy.

Se levantó como todos los días a las seis de la mañana. Su contextura era delgada, pero sus músculos se notaban definidos, a pesar de la mediana curvatura que los años le habían regalado a su espalda. Sus hijos decían que era un viejo que estaba “duro”. Era inamovible en cuanto a sus opiniones y valores; solidario y apacible cuando se le conocía.

Hizo su café negro y se sentó sin camisa a tomarlo en el escalón de la puerta de su cocina, que da para el patio. Después, Isabel entró a la cocina, empezó a servirse su café mientras Cayetano se ponía de pie.

Lo siguiente que ella escuchó fue la taza que sostenía su esposo caer al suelo, junto con él. Un infarto fulminante, dijeron a la familia que fue lo que le ocurrió.

Hay tanto, tanto más que contar de Sabaneta. Y como ella, Sabaneta, también de muchos otros sectores rurales de Venezuela.

Nos atrevemos a creer que las historias encontradas en zonas alejadas, aisladas, excluidas de muchas comodidades, como lo son las zonas rurales de este país son, si se quiere, de las más jugosas, ricas en potencial de descripción, en imágenes, en expresiones. Tan enriquecedores que escucharlas casi compensa la falta, relativamente general, de información oficial o publicada sobre ellas, sus problemas, historias y costumbres.

–¿Qué pasará ahora con el huerto de Cayetano? –preguntamos a su hijo José.

–Nada, yo lo cuido. Lo voy a mantener tan bonito como mi papá lo dejó – respondió con un tono de voz que reflejó orgullo y mucho dolor.

Cayetano murió, pero sus palabras, sus historias, su pedacito de Sabaneta quedó en este texto. Como él, muchos otros se desvanecen a diario, sin poder compartir con el mundo aquel valioso ingrediente que los hace ser sabaneteños: su memoria, y con ella, su identidad. Pues al final, como explica la autora Pilar Almoína¹¹⁴, la palabra y la memoria son necesarias para que la literatura oral permanezca y trascienda.

¹¹⁴ P. Almoína. *Op. cit.* p. 152.

Referencias Bibliográficas

ASCENCIO, Michaelle. *De que vuelan, vuelan. Imaginarios religiosos venezolanos*. Venezuela, Edit. Alfa, 2012.

BEAUVILLARD, Laurence. *Un instrumento para cada niño*. 2^a. ed. Barcelona, Edit. Robinbook, 2006.

BENAVIDES J. y QUINTERO, C. *Escribir en prensa*. 2^a , ed. Madrid, Edit. Pearson Educación, S.A ,2004.

BLANCO MUÑOZ, Agustín. *Oposición Ciudad-Campo en Venezuela*. 2^a. ed. Caracas, Edit. UCV, 1980

BOAS, Franz. *Cuestiones fundamentales de antropología cultural*. Buenos Aires, Edit. Ediciones solar, 1964.

CASTEJÓN LARA, Enrique. *Recursos para la verdad*.Caracas, Edit. Panapo, 2009.

DELGADO RUÍZ, Manuel. *La magia: La realidad encantada*. España, Edit. Montesinos, 1992.

ELIADE, Mircea. *Tratado de historia de las religiones*. México, Edit. Biblioteca Era, 1996. p. 267.

FUNDACIÓN BIGOTT. *Miranda. Serie Tradiciones populares de los estados.*

Venezuela, Edit. Fundación Bigott, 1996.

GONZÁLEZ, Julián. *Entropía informática y entornos biográficos. El periodismo biográfico en la aventura de la complejidad periodística.*

Informe final para Universidad del Valle & Colciencias. Cali, Colombia, 2001.

GRIAULE, Marcel. *El método de la etnografía.* Buenos Aires, Edit. Nova, 1969.

JENSEN, Adolf E. *Mito y culto entre pueblos primitivos.* México, Edit. Fondo de Cultura Económica, 1966.

LENGWINAT, Katrin. *La continuidad del cambio en los bailes de joropo central en Revista Música e Investigación, VI (12-13), 2003. pp. 203-218.*

_____. *El espíritu creativo del arpista en el Joropo Central en Revista Musical de Venezuela. XXIV (44), 2004. p. 179-195*

_____. *Elementos de fandango y de barroco en el joropo central.* En K. Lengwinat. Coord., *Estudios en torno al Joropo Central.* Caracas, Fundación Vicente Emilio Sojo, 2009.

- LEÓN LEÓN, Jairo. *Paradigma interpretativo y socio crítico*. Resumen para Cátedra de Epistemología de la Universidad de Santo Tomás. Bucaramanga, Colombia, 2016.
- LIZANO B., Robinson D. *Manual de géneros periodísticos*. Caracas, UCAB, 2010. p. 268.
- MAIR, Lucy. *La brujería en los pueblos primitivos actuales*. Madrid, Edit. Guadarrama, 1969.
- MELCIOR, Carlos José. *Diccionario enciclopédico de la música*. Barcelona, Edit. Lerida, 1859.
- PERAZA, José Félix. *El Hatillo, un territorio afortunado*. En *El Hatillo: Territorio Afortunado*. Caracas, Edit. ExxonMobil de Venezuela. 2001.
- PALOU, Jean. *La brujería*. Barcelona. Edit. Oikos-Tau, 1973.
- PEREIRA, M. y PIÑANGO, B. *El municipio El Hatillo del Estado Miranda y la prensa local*. Trabajo especial de grado para optar a la licenciatura de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela, 1997.
- PUJADAS, Joan. *El método biográfico y los géneros de la memoria en Revista de Antropología Social*. (9), 2000. pp. 127-158.

RAMÓN Y RIVERA, Luis Felipe. *El joropo. Baile Nacional de Venezuela*. 2a ed. Caracas, Ernesto Armitano, 1987.

RODRÍGUEZ B., Alicia. *Música II*. Pozuelo de Alarcón, Edit. Editex, 2011.

SAMPIERI, Roberto; FERNÁNDEZ, Carlos y BAPTISTA, Pilar. *Metodología de la Investigación*. 4ª. ed. México, Edit. Mc Graw Hill, 2006.

TREVIÑO GARCÍA, Blanca E. (Comps.). *Kinetoscopio. Las crónicas de Ángel de Campo, Micrós, en El Universal (1986)*. México. Universidad Autónoma de México. 2004.

TORREALBA, Mariela. *Las Miradas de los otros. La actualidad y la noticiabilidad revisitadas en Revista Temas de Comunicación*, (19), 2009. pp. 11-34.

VARGAS, Iraida y SANOJA, Mario. *Historia, identidad y poder*. Caracas, Edit. Topykos, 1994.

VIVALDI M. Gustavo. *Géneros periodísticos*. 5ª. ed. Caracas, Edit. Paraninfo, 1993. p. 110.

Referencias Electrónicas

AGENCIA VENEZOLANA DE NOTICIAS, AVN. *Joropo tuyero declarado Patrimonio Cultural Intangible de Miranda*. Artículo publicado por AVN el 18 de junio de 2014. Disponible en: <http://www.avn.info.ve/contenido/joropo-tuyero-declarado-patrimonio-cultural-intangible-miranda>

AGENCIA VENEZOLANA DE NOTICIAS, AVN¹. *Declarado el joropo como Patrimonio Cultural venezolano*. Artículo publicado por la AVN el 15 de marzo de 2014. Disponible en: <http://www.avn.info.ve/contenido/declarado-joropo-como-patrimonio-cultural-venezolano>

AGENCIA VENEZOLANA DE NOTICIAS, AVN. *Joropo tuyero es declarado Patrimonio Cultural Intangible del pueblo de Cúa*. Artículo publicado por AVN el 18 de agosto de 2015. Disponible en: <http://www.avn.info.ve/contenido/c%C3%BAa-festejan-declaraci%C3%B3n-del-joropo-tuyero-como-patrimonio-cultural-intangible-del-municip>

ALMOINA, Pilar. *Seminario de literatura oral venezolana*. En Revista de Investigaciones Literarias. Vol 1, N° 13, 2013, p. 152. Consultado el

27 de febrero de 2016 en:

http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev_il/article/view/5728/5521

BEST R., Aleida. *La identidad cultural en el proceso formativo del instructor de arte* en *Didasc@lia: D&E*, Publicación cooperada entre CEDUT-Las Tunas y CEEdEG-Granma, CUBA, 3 (5), 2012. Consultado el 11 de marzo de 2015 en: dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4232335.pdf

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEDICINA de E.E.U.U. MedlinePlus. *Aciclovir*. 2015. [Base de datos en línea] Consultada el 28 de enero de 2016 en: <https://www.nlm.nih.gov/medlineplus/spanish/druginfo/meds/a681045-es.html>

CENTRO PARA EL CONTROL Y LA PREVENCIÓN DE ENFERMEDADES, CDC. *Sobre la Culebrilla*. 2015. [Base de datos en línea] Consultada el 28 de enero de 2016 en: <http://www.cdc.gov/shingles/about/overview-sp.html>

CHÁVEZ, Sila. *Transculturación en la pérdida de la identidad indígena en jóvenes de los municipios Mara y Páez del estado Zulia* en *Revista de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales URBE*. (3) 1, 2014-2015. Disponible

en:<http://publicaciones.urbe.edu/index.php/civitas/article/viewFile/3573/5193>

CRUZ, Fátima y DE LA RED, Natividad. *Intervención integral para el desarrollo en el medio rural* en Dossier. *Intervención Psicosocial*. 9 (2), 2000. pp. 155-168. Consultado el 10 de marzo de 2015 en: <http://www.copmadrid.org/webcopm/publicaciones/social/63244.pdf>

EL UNIVERSAL. *El Hatillo vive en la historia de sus habitantes*. Publicado por el diario El Universal de Venezuela el 02 de junio de 2015. Disponible en: <http://www.eluniversal.com/arte-y-entretenimiento/150602/el-hatillo-vive-en-la-historia-de-sus-habitantes>

FARRELL, Gilda; BRUNET, Bernard y THIRION, Samuel. *Lucha contra la exclusión social en el medio rural* en *Informe digital del Observatorio Europeo LEADER / AEIDL*, 2000. Consultada el 10 de marzo de 2015 en: <http://ec.europa.eu/agriculture/rur/leader2/rural-es/biblio/exclusion/exclusion.pdf>

GUARAPO DE PAPELÓN. Blog de periódico en línea, 2009. Consultado el 1 de marzo de 2015 en: <http://guarapodepapelon.blogspot.com/>

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, INE. Glosario de Términos: *Área rural*, 2015. Consultada el 11 de marzo de 2015 en:

http://www.ine.gov.ve/documentos/SAU/SistemaOficios/autentica_principal.php?mod=gl

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, INE. Censo 2011: *Datos demográficos*, 2015. Consultado el 28 de febrero de 2016. Disponible en: <http://www.redatam.ine.gob.ve/Censo2011/index.html>

LENGWINAT, Katrin. *Joropo central: fiesta popular de vigor con arpa, maraca y buche*. Artículo publicado en el diario *El Nacional* el 20 de abril de 2014. Disponible en: http://www.el-nacional.com/papel_literario/Joropo-central-fiesta-popular-maraca_0_393560722.html

MARCAPASOS. *Rostros de El Hatillo* en *Revista Marcapasos en línea*, 2014. Consultada el 26 de marzo de 2015 en: <http://revistamarcapasos.com/7434/rostros-de-el-hatillo/>

MINISTERIO DE INTERIOR de Chile. *Actualización estudio diagnóstico y propuesta para territorios aislados*. Chile: Carlos Caro, Matías Poch, Luis Carvajal y Luciano Ortiz, 2008. Consultado el 13 de marzo de 2015 en: http://www.subdere.gov.cl/sites/default/noticiasold/articles-73813_recurso_1.pdf

ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS para la Educación, la Ciencia y la Cultura. UNESCO. *¿Qué es el patrimonio cultural inmaterial?*. Consultada el 28 de enero de 2016 en: <http://www.unesco.org/culture/ich/es/que-es-el-patrimonio-inmaterial-00003>

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, RAE. *Diccionario de la lengua española*. Diccionario en línea consultado el 22 de febrero de 2016, disponible en: <http://dle.rae.es/?id=BiTIR4h>

RODRÍGUEZ, Jean Carlos. *Declaran al joropo tuyero “Patrimonio cultural intangible del municipio Lander”*. Publicado por Diario La Voz el 12 de diciembre de 2014. Disponible en: <http://www.diariolavoz.net/2014/12/12/declaran-al-joropo-tuyero-patrimonio-cultural-intangible-del-municipio-lander/>

Anexos



1. Mario Díaz, el Poeta de Requena, cantautor de Miranda. Foto: Mariel Torres.



2. Maracas de Mario Díaz, el Poeta de Requena. Foto: Mariel Torres.



3. Teodora Bersegúia,
conocedora de cuentos de
brujas en Sabaneta.

Foto: Marcos Ardila.



4. Teodora Bersegúia, con sus nietos
Yoan y Kevin, en el porche de su
casa en Sabaneta.

Foto: Marcos Ardila.

5. Curandero Carlos Acosta
instruyendo sobre las bondades de la
Flor de Tierra para la cicatrización.

Foto: Marcos Ardila.



6. Cruz de Caravaca de curandero
Carlos Acosta.

Foto: Mariel Torres.

7. Cruz de Jacobo vestida y con ofrendas.

Foto: Marcos Ardila.



8. Cruces vestidas para bendición de Cruz de Jacobo.

Foto: Marcos Ardila.





9. Crisanto Vargas, exorganizador
Cruz de Jacobo.

Foto: Marcos Ardila.



10. De izq. a der. Juana Rodríguez y Marta Vargas en Cruz de Jacobo.

Foto: Marcos Ardila.



11. Bendición de Monseñor Rafael Febres Cordero durante Cruz de Jacobo.
Foto: Marcos Ardila.



12. Lateral de casa de bahareque de la familia Vargas, en Jacobo.
Foto: Marcos Ardila.